

En *Regias y conservadores*, Liuba Kogan describe, por primera vez, las relaciones entre hombres y mujeres del sector alto limeño.

Entre el mundo de los hombres, proveedores y laboriosos, y el de las mujeres, que transcurre en la vida cotidiana de la dirección del hogar y el estilo de vivir de la familia, el contacto es mínimo. Esta separación promueve la incomunicación y la distancia afectiva, pese al deseo expreso de evitarlas. Es posible que esta complementación obedezca a un campo de valores que privilegia la limpieza, la pureza, la no contaminación y, por lo tanto, el escaso contacto corporal, la mesura y el control de las pasiones. Bellas y discretamente sensuales, las limeñas del sector alto se acercan al cuadro de actitudes que Thorstein Veblen encuentra en las mujeres estadounidenses que gozan y, al mismo tiempo, padecen el cuidar un conjunto de signos de distinción que termina siendo una suerte de "escaparate del orgullo masculino".

El estudio de Liuba Kogan se centra en la mentalidad y las actitudes de las elites de los noventa. El escenario global actual, marcado por un profundo individualismo, ha configurado nuevas elites y, por ende, nuevos estilos de vida en los que, sin embargo, las actitudes tradicionales perduran como referentes significativos. Las relaciones de género se transforman a velocidades menores, que no siempre coinciden con el vértigo de los cambios económicos, políticos y tecnológicos.

Comprender el estilo de vivir y la cultura de las elites nos permite descubrir las orientaciones de un grupo influyente de la sociedad peruana.

LUIS ALVA CASTRO
Presidente del Congreso de la República

ISBN: 978-9972-221-72-9



FONDO EDITORIAL
DEL CONGRESO DEL PERU

Regias y conservadores

Liuba Kogan

Liuba Kogan

Regias y conservadores

Mujeres y hombres de clase alta
en la Lima de los noventa



FONDO EDITORIAL DEL CONGRESO DEL PERU

REGIAS Y CONSERVADORES

Mujeres y hombres de clase alta
en la Lima de los noventa

Biblioteca del Congreso del Perú
305.52
K72

Kogan, Liuba

Regias y conservadores. Mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa / Liuba Kogan; presentación Luis Alva Castro; prólogo Rafael León. -Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009.
xx, 194 pp.

ISBN: 978-9972-221-72-9

CLASE ALTA / ELITE / CLASES SOCIALES / MUJERES / HOMBRES / IGUALDAD DE GÉNERO / ESTILOS DE VIDA / COMPORTAMIENTO SOCIAL / GLOBALIZACIÓN / SIGLO XX / LIMA (CIUDAD)

I. Alva Castro, Luis, 1942-

LIUBA KOGAN

REGIAS Y CONSERVADORES

Mujeres y hombres de clase alta en la Lima de los noventa

Carátula PINTURA DE MARC CHAGALL "EL PASEO"

Diseño y diagramación DIANA PANTAC

Corrección RAFAEL ESPINOSA

Asistencia de producción JIMENA RONDÓN

Martha Hildebrandt, Presidenta del Consejo del Fondo Editorial del Congreso del Perú

© Fondo Editorial del Congreso del Perú

Jr. Huallaga 364, Lima

Teléfono: 311-7777, anexo 7846; telefax: 311-7735

Correo electrónico: fondoeditorial@congreso.gob.pe

<http://www.congreso.gob.pe/fondoeditorial/inicio.htm>

Impreso en el Perú

2009

Impreso en la imprenta del Congreso de la República

Lima, agosto de 2009

Primera edición

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2009-05650

Tiraje: 1 000 ejemplares

Índice

PRÓLOGO XI

Rafo León

PROEMIO XVII

Patricia Ruiz Bravo

PRIMERA PARTE

REGIAS Y CONSERVADORES: mujeres y hombres de clase alta en Lima a inicios de los noventa

Introducción 5

Los estudios sobre sectores altos 5

Las relaciones de género y los sectores altos en la Lima de los noventa 8

Las nuevas elites en la era de la globalización 12

I. Mujeres y hombres: ¿iguales o diferentes? 19

El primer debate: biología o cultura 19

Estudios antropológicos transculturales 22

El aporte de la psiquiatría 26

PRÓLOGO

Junto con la corrupción, la falta de carreteras, los accidentes geográficos tan marcados y el cau cau, los científicos sociales componen el cuadro de los peores males que tiene que soportar el Perú, desde su siempre. Vivimos en un país que no es tal, ya lo dijo Basadre con más claridad y elegancia: "seres desconcertados", y ahí queda. Rupturas, desencuentros, prejuicios y diferencias abismales en todo orden de cosas, nos han hecho lo que hoy somos, un escenario de batalla cotidiana donde todo el mundo odia a todo el mundo, la desconfianza es la norma y la forma de manejar auto, el modelo. Somos así porque hay razones, muchas, para serlo.

Pero también porque así hemos sido estudiados y analizados por las famosas ciencias sociales, desde los cincuenta hasta ahora mismo. Cuando yo estaba en la universidad, hacia 1970, para las ciencias sociales y sus derivados políticos (los partidos de la izquierda), culturales (los grupos de canción protesta, v. g.), sociales (el feminismo

que representan: no ahogan nada porque no tienen casi nada que ahogar. Son lo que son. Ellas no: ellas podrían ser mucho más si no dependieran tanto de la cadena que ellas mismas se han puesto alrededor del cuello.

Esta aporía llega a su extremo máximo —y por momentos patético y caricaturesco— cuando se habla sobre cuerpo y sexualidad. La asfixia femenina respira momentáneamente, como los anfibios, en la simulación del placer y en la ostentación de la belleza. Pero paga un precio muy alto y la factura siempre llega: la frustración y la anorexia. Es que hay allí algo que quiere salir pero no puede. En el caso de los hombres lo que tiene que salir sale y si te vi no me acuerdo. No hay más, hasta mañana, estuvo bien rico, has gritado como loca. El cuerpo que le corresponde a este ser que ya duerme en paz una vez que ha echado su polvo, es el vigorético, tan imbatible como su falo y su psiquis ganadora. Y este es solo un aspecto de una realidad —real e imaginaria— llena de matices, turbulencias, verdades encontradas y silencios por explorar que nos devela Kogan.

Si hubiera que traer a colación un referente literario a este trabajo, ahí está toda la obra de Simone de Beauvoir, donde las ideas no caminan solas por las páginas de un libro sino que viven encarnadas en personajes. Recuerdo, en particular, *Las bellas imágenes*, una novela breve que describe el proceso que sigue una parisina burguesa que lo tiene todo menos a sí misma, cuando se ve obligada a enfrentar la existencia del racismo y a partir de ahí el

mundo se le comienza a desmoronar como el decorado de una obra de teatro cuya temporada ya venció. Muy bien el libro de Kogan, tremendamente ilustrativo, inteligente, agudo y sobre todo, muy irreverente para con la mirada tradicional hacia los ricos sostenida por las ciencias sociales, esa pequeña burguesía de las ciencias a la que por inclasificable, mejor es dejar de lado.

derse como parte de un proceso cultural en el que es posible encontrar una historia de opresiones pero también de transgresiones.

En efecto, uno de los aportes más interesantes de los trabajos de Kogan es la ruptura con una imagen —propia de los estudios feministas iniciales— en la que el cuerpo femenino era visto únicamente como objeto de opresión y de placer para otros. Con intuición y con un sólido andamiaje teórico y empírico llama la atención sobre las transgresiones femeninas en que los cuerpos son usados también para enfrentarse al poder y desafiar la autoridad. Al revelarnos estas otras facetas se pone en cuestión la imagen de una mujer-víctima sin agencia ni control sobre su cuerpo, apariencia y sexualidad. Sin negar la existencia de este modelo se presentan otros —distintos y contradictorios— que sientan las bases para análisis más complejos respecto de las identidades femeninas. De hecho, los cuerpos son trabajados de maneras distintas según la edad, la clase social, el contexto y la formación de las mujeres.

Liuba Kogan nos introduce a grupos y espacios poco conocidos y estudiados por las ciencias sociales: las clases altas y los espacios íntimos. Su mirada trasciende el estereotipo y la apariencia acercándonos a mundos cuya dinámica no siempre es la imaginada. El retrato de las clases medias y altas de la primera parte nos muestra hombres y mujeres en conflicto y contradicción. Lejos están las imágenes idealizadas de varones proveedores y madres abnegadas. De hecho, muchas de ellas no logran una cercanía

emocional con sus hijos, quienes las describen distantes y perfeccionistas. Si bien se les reconoce su dedicación al hogar y a los hijos, hay un reclamo de vínculo y afecto. Vale pues preguntarnos si esta distancia no estaría expresando un fastidio y una protesta por una situación que aún no se puede simbolizar pero que las afecta. En todo caso es una situación que vale la pena repensar. Tal vez ser la reina de la casa o la gerenta del hogar, como dice alguna de ellas, no las hace tan felices como pudiera parecer en una primera mirada. Es por ello que la publicación de este primer trabajo es de suma importancia.

En la segunda parte, la autora nos entrega un conjunto de artículos y ensayos en los que, si bien el eje sigue siendo el cuerpo, este será analizado desde los desafíos que la sociedad contemporánea nos presenta. Aquí se da un paso más: los cuerpos no solo se producen, también hablan, nos interpelan, nos dicen algo que es preciso desentrañar. La anorexia, la bulimia y la vigorexia son maneras con las que los cuerpos comunican soledad, confusión, conflictos. El cuerpo no es una página en blanco, tiene una textura, una cierta calidad que permitiría decir/ocultar ciertas cosas. Nos encontramos así en un marco en el que el cuerpo es concebido como un lenguaje, como un sistema semiológico que funciona para el sujeto como productor de sentido y que se dirige a otros a través del gesto¹.

¹ Ana Buñuel. "La construcción social del cuerpo de la mujer en el deporte", en *Revista de Investigaciones Sociológicas*, Madrid, oct-dic 1994.

Llegar a ser género es un proceso, impulsivo, aunque cuidadoso, de interpretar una realidad cultural cargada de sanciones, tabú y prescripciones. La elección de asumir determinado tipo de cuerpo, vivir o vestir el propio cuerpo de determinada manera, implica un mundo de estilos corpóreos ya establecidos. Elegir un género es interpretar las normas de género recibidas de un modo tal que las reproduce y organiza de nuevo. Siendo menos que un acto de creación radical, el género es un proyecto tácito para renovar una historia cultural en los términos corpóreos de uno.

Judith Butler

Lo único que no quiero es ser una vieja fofa.

(Mujer, 53 años)

Nada que se parezca a Arnold Schwarzenegger... eso no me parece ni varonil, ni masculino.

(Hombre, 39 años)

ta inicios de los años noventa las investigaciones se habían centrado en los sectores populares (Rochabrún 1993). De otra parte, otro de los argumentos utilizados para desdeñar el estudio de los sectores altos fue el de *minoría estadística*, y como contraparte, la necesidad de emprender investigaciones sobre las mayorías pobres del país orientadas a la aplicación de políticas de promoción del desarrollo.

Hacia finales de los años ochenta, la perspectiva teórica del “mundo de la vida” y los “estudios de género” contribuyó a ampliar el objeto de estudio de la sociología en el Perú. Sin embargo, si bien se produjo un vuelco interesante en la investigación académica redirigiendo el énfasis del sustrato estructural de la sociedad a las perspectivas de los propios actores sociales, las investigaciones sobre los sectores altos persistieron en términos numéricos reducidos. Tal vez los años marcados por la violencia armada interna experimentada desde 1980 hayan fortalecido aun más vigorosamente la dificultad de estudiar a los sectores altos desde una *perspectiva de la acción*. Debe considerarse, principalmente, la reticencia de sus miembros a brindar información por razones de seguridad.

Es de notar, también, que desde los primeros estudios sobre las clases altas en las ciencias sociales emprendidos a fines del siglo XIX (Diggins 1999), estas fueron bautizadas como “clase ociosa”, con lo cual se les condenó en el ámbito académico, moralmente, al olvido o al desprecio.

Así, la escasa tradición de estudios culturales sobre el *otro privilegiado*, junto con la carga ideológica y emo-

tiva que ellos conllevan, ha propiciado lo que Elizabeth Badinter, en su reciente libro *Cómo salir del camino equivocado* (2003), llama “las trampas de la mente”. Parafraseando a la autora, en vez de movernos con categorías cartesianas (claras y distintas) para el estudio de los sectores altos, apelamos a las analogías fallidas, a la confusión conceptual de términos, al ocultamiento de información, a la caricatura del otro y al maniqueísmo. Como consecuencia, *la opacidad* caracterizaría nuestra forma de conocimiento en torno al tema de la diferenciación social.

Por tanto, no solo el aparato conceptual con que contamos para analizar a los sectores altos resulta poco fino o insuficientemente articulado, sino que también entran en juego elementos emotivos en la lectura de estos sectores sociales: acercamientos poco serenos que más bien tienden a mostrar —en muchos casos— los prejuicios de los investigadores.

La desigualdad estructural que caracteriza a nuestra sociedad, agudizada en los últimos años como consecuencia de la globalización, hace muy difícil para los sectores altos, como para los “otros”, mostrarse. De allí una segunda dimensión de la *opacidad*. La brecha entre las viejas y nuevas elites —surgida al amparo de la inédita interconexión comercial mundial— y los *otros sectores sociales*, es abrumadora. “Decir no es mostrar” señalaba Wittgenstein: narrar cómo viven las nuevas elites no es fácil de comprender o de comunicar para quien no per-

poder en 1968 mediante un golpe de Estado. Las reformas que implanta terminan por descomponer el poder de la antigua oligarquía terrateniente a favor de los grupos económicos que acceden a la propiedad de grandes empresas y complejos productivos en diversos sectores de la economía como consecuencia de la nacionalización de compañías que hasta ese momento se encontraban en manos de capitalistas extranjeros.

Entre los años 1968 y 1980 el Perú fue gobernado por regímenes militares de facto. Si bien en 1980 se instaura la institucionalidad democrática, en términos económicos se produce lo que se ha llamado “la década perdida”. Para el Perú como para América Latina, este es un periodo de importante decrecimiento económico. Según la Cepal, entre 1980 y 1985 América Latina tuvo un PBI per cápita de -0,6 %, mientras entre 1985 a 1990 esta cifra es de -0,1% (ibíd.).

En el caso peruano, en el marco de gobiernos populistas se sucedieron varios modelos económicos contradictorios en muy cortos periodos de tiempo. A la vez surgió la violencia de Sendero Luminoso y del MRTA, se extendió el narcotráfico y ocurrieron desastres naturales, de modo tal que el país se vio envuelto a fines de los ochenta en un auténtico drama social, político y económico. Una situación de *anomia generalizada* caracterizó estos años: las instituciones estatales se hallaban muy fuertemente deslegitimadas mientras la violencia reinaba con casi total libertad.

La década del noventa, que se inaugura con el primer gobierno de Fujimori, instaura un modelo económico de corte liberal y eminentemente pragmático. Esta década parece ver el nacimiento de nuevos grupos de poder: grupos económicos transnacionales y grupos ligados al Estado y la cúpula militar. El liberalismo del gobierno de Fujimori, y posteriormente el de Toledo, habría desarrollado nuevas elites como grupos dominantes en la sociedad. Estas nuevas elites estarían compuestas por propietarios y socios gerentes (empleadores) y administrativos (altos ejecutivos) y profesionales altamente calificados de empresas grandes o medianas, prioritariamente transnacionales (Portes y Hoffman 2003).

En la actualidad, los pocos remanentes de la oligarquía tradicional conviven con grupos de poder económico provenientes de la burguesía modernizante de los años sesenta además de nuevas elites económicas relacionadas al capital transnacional. De otra parte, se encuentran los *nuevos ricos*, cuyas fortunas muchas veces fueron producto de las oportunidades que brindaron las cambiantes políticas económicas y que incluyen, aparte de comerciantes exitosos de las colonias, incluso a aquellos que se beneficiaron del lavado de dinero proveniente del narcotráfico.

El estudio que realizamos a inicios de la década del noventa exploró las relaciones de género en los grupos que podemos caracterizar como *viejas elites*: los remanentes de la oligarquía tradicional, los grupos provenientes de la burguesía modernizante de los años sesenta y comercian-

dida con dicho cometido. Hay canales de señal cerrada en la TV, como espacios en revistas de gran lectoría, que nos transmiten profusamente los estilos de vida de las nuevas elites: los vemos discutiendo sobre vinos y maridaje con diversos y sofisticados platos de comida, proponiéndonos dulces y postres, recomendándonos lejanos destinos turísticos, señalando las mejores opciones decorativas, y sobre todo, mostrándonos una exquisita arquitectura. A diferencia de otras épocas, podemos conjeturar que las nuevas elites ya no sienten culpa (o no tanta culpa). La culpa judeocristiana por tener recursos económicos parece transformarse en un discurso que más bien tiende a premiar a los más esforzados —quienes merecerían lo que tienen. Así, en vez de filantropía, los discursos empresariales sobre la responsabilidad social parecen agrupar los esfuerzos de las nuevas elites. La desigualdad estructural es un horizonte discursivo que casi se ha borrado para la explicación de la pobreza y de las desigualdades sociales. Y no sé si solo en los sectores privilegiados: creo que todos nos sentimos menos avergonzados: de tener o de no tener, pues cada vez nos miramos menos. No nos debe extrañar la aparición de *enclaves socioculturales*.

Acotemos finalmente que el problema no es que existan elites, sino la desigualdad estructural (la exclusión social), la enorme distancia que lleva a olvidos y silencios interrumpidos bruscamente por secuestros, robos, violencia; o de otro lado, desprecio, indiferencia o temor por todo aquello que aparece fuera de lugar. El problema no

es que existan *nuevas elites*, sino la ausencia de lazos, diálogos y proyectos comunes: es decir, la transformación del olvido en legitimidad.

Si bien en este libro no investigamos las relaciones de género en las nuevas elites en el escenario contemporáneo, creemos que el estudio que presentamos tiene vigencia, por un lado por su carácter pionero, y por otro, porque las relaciones de género parecen transformarse en la práctica a velocidades que no siempre coinciden con el vértigo de los cambios económicos, políticos o tecnológicos. Coincidimos con Bourdieu (2000) cuando señala que las relaciones de género han cambiado menos de lo que se supone, pues existirían estructuras objetivas y cognitivas que se mantienen a lo largo del tiempo gracias a instituciones (la familia, la Iglesia, la escuela o el Estado) con capacidad de desplegar mecanismos que llevan a la deshistorización y a la naturalización de las diferencias entre los sexos. Esta propuesta tendría implicancias políticas importantes pues, para producir un cambio significativo en el sistema androcéntrico, no bastaría con pequeños actos de resistencia o con acciones de toma de conciencia, sino que sería necesario quebrantar las instituciones que contribuyen a eternizar la discriminación simbólica de las mujeres. Es cierto, las prácticas, valores y creencias en torno a las relaciones de género han ido transformándose; sin embargo el sistema androcéntrico y el imperativo heterosexual aún marcan nuestros *habitus* y performances sociales. La agencia del sujeto consiste en apropiarse de

I. Mujeres y hombres: ¿iguales o diferentes?

El primer debate: biología o cultura

La división de los seres humanos en dos categorías bajo criterios biológicos o sexuales ha formado parte del sentido común de la cultura occidental (Geertz 1989: 9). A lo largo de la historia, sin embargo, en ciertos periodos han acontecido discusiones públicas acerca de la naturaleza de las diferencias entre varones y mujeres (Oakley 1977: 7). Parte importante de los argumentos que señalaban la distinta naturaleza entre los sexos (inferioridad y debilidad de la mujer) tuvo como base la teoría evolucionista darwiniana. De la obra de Darwin se desprendió un conjunto de estereotipos acerca del comportamiento masculino y femenino que recibieron el sello de científicos, aun cuando dichos estereotipos fueron extraídos de la tradición popular y de lugares comunes de la filosofía de la época (Martin y Voorhies 1978: 135 y ss.).

Así, las creencias sobre los atributos personales de las mujeres tienen en la cultura occidental una larga tra-

bajos e investigaciones realizados en los años treinta y sesenta. Aunque cuestionados hoy en sus resultados por las metodologías poco rigurosas que utilizaron (Arcand s/f), ellos hicieron posible la construcción conceptual de la categoría “género”.

Estudios antropológicos transculturales

A partir de los trabajos etnográficos de los años 30 del siglo XX, que describían los papeles sexuales de hombres y mujeres en distintas sociedades, fue posible pensar la categoría “género” como un constructo social. Los trabajos transculturales de Margaret Mead, George Murdock, Lévi-Strauss, Malinowski o Linton permitieron construir argumentos contra el determinismo biológico en la diferenciación sexual del comportamiento humano (Lamas 1986: 175-178) interpretando las descripciones etnográficas de los pueblos que estudiaron y señalando la importancia cultural en la determinación del comportamiento humano sexualmente diferenciado.

Margaret Mead realiza trabajos de campo entre los pueblos primitivos de los Mares del Sur, estudiando a los montañeses arapesh, los caníbales mundugumor y los cazadores de cabezas tchambuli. Mead compara los “temperamentos” de estas tres tribus y *comprueba* que los aspectos biológicos o sexuales no determinaban automáticamente el carácter o comportamiento de sus integrantes. Una mujer podía ser agresiva (masculina en nuestro vocabulario), como también receptiva, maternal o pacífica (femenina).

De manera inversa, un hombre podía ser agresivo, indiferente o egoísta (masculino) o femenino (receptivo, maternal o pacífico). Mead refiere que la conexión entre el sexo del individuo y las características temperamentales que manifiesta son arbitrarias. Pues, pueden variar según la cultura en la cual se educa el individuo. Esto es, no son innatas: “... las personalidades femeninas y masculinas son un producto social” (Mead 1972: 160).

La investigación de Margaret Mead, constituyó un pilar importante para enfrentar la argumentación biologicista acerca de las características supuestamente innatas de hombres y mujeres como determinantes de comportamientos o temperamentos distintos. Con su obra *Sexo y temperamento* se pudo plantear que la cultura moldea de manera sorprendente la personalidad de los seres humanos. Y que ciertas características como la pasividad, afectividad, agresividad sexual, entre otros rasgos, eran atributos personales aprendidos vía la socialización de los niños según lo prescribían las distintas sociedades.

En 1937 George Murdock hace una descripción —en su artículo “Comparative Data on the Division of Labor by Sex”— acerca de la forma en que se produce la *división sexual del trabajo* en varias sociedades (Lamas, ob. cit.). Murdock examinó los datos que se disponían sobre 224 sociedades —la mayoría preliterarias— realizando un listado de 46 actividades distintas que podían ser eminentemente masculinas o femeninas según las distintas culturas.

Otros interesantes trabajos contemporáneos de los de Mead, Linton o Murdock fueron los de George Devereux con los mohaves o los de W. W. Hill con los navajos, donde describían casos en los que la femineidad era asumida por hombres y la masculinidad por mujeres. O en que individuos intersexuales daban motivo a la creación de otro tipo de "status" o género. Martin y Voorhies (ob. cit.: 81-98) presentan una interesante interpretación de las relaciones entre las categorías de sexo biológico y las de género en cuatro sociedades, donde plantean la propuesta acerca de los sexos y géneros supernumerarios, afirmando la existencia de dinámicas sociales donde podía reconocerse más de dos sexos o géneros.

El aporte de la psiquiatría

En la década de los sesenta del siglo XX, en el campo de la psiquiatría, los doctores John Money, Joan Hampson y John Hampson, con sus estudios de individuos hermafroditas en la Clínica de Endocrinología del Hospital Johns Hopkins de los Estados Unidos, y el psicoanalista Robert Stoller con sus trabajos sobre identidad de género en pacientes con "genitales dañados", aportaron evidencias interesantes acerca de la relación entre el sexo biológico y la identidad genérica (orientación psicosexual o rol genérico). Señalaron que el género es indiferenciado en el nacimiento y que la adquisición de roles genéricos o identidad genérica son aprendidos (Hampson 1975: 89).

Hampson y colaboradores pretendieron mostrar que la masculinidad o la femineidad no son innatos estudiando 113 individuos de diversas edades que presentaban desórdenes endocrinos o hermafroditismo. Esta investigación, denominada por ellos "experimento de la naturaleza", permitió comparar las incongruencias entre los factores somáticos y los psicosexuales de los individuos tratados. Para los Hampson, los resultados obtenidos en la investigación indicaban que las características anatómicas, gonadales u hormonales no eran responsables exclusivas del rol genérico de los individuos. De otro lado, el Dr. Robert L. Sears (1975: 102) describió los condicionantes culturales que intervendrían en la construcción del género. Trabajando contemporáneamente con J. Hampson y colaboradores, estudia el desarrollo del rol genérico en el individuo proponiendo que entre la atribución del sexo al recién nacido y el desempeño del rol por parte del niño media un proceso complejo que denomina "tipificación del sexo".

Por su parte Stoller (en Oakley, ob. cit.: 189), al trabajar con 85 pacientes que tenían problemas de "identidad de género" debido a sus genitales atípicos, muestra que muchachos sin pene y chicas con pene y sin útero podían llegar a convertirse en hombres y mujeres "normales" dependiendo de las expectativas de sus padres en el desarrollo de su identidad de género. Sugiriendo que la posesión del pene en el caso de las mujeres o su carencia en los hombres no determinaban por sí solas la construcción de una identidad sexual adecuada.

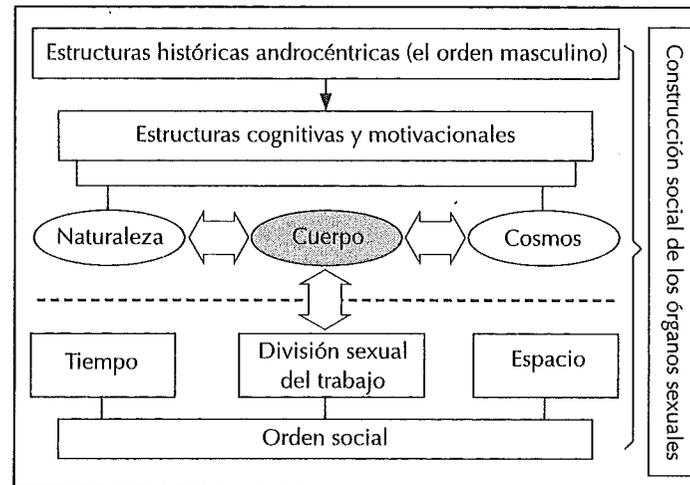
mente con la identidad de género produciendo personas diferentes. Si bien los primeros cuatro componentes no son directamente observables, los genitales y las características secundarias sí lo son; y lo son bajo un patrón de suma variabilidad, lo que no permite en realidad una fácil dicotomización de hombres y mujeres (Sears, ob. cit.). Más bien, nuestra cultura ha catalogado esas variaciones como dos estados absolutamente distintos y excluyentes. En realidad, las sociedades, interpretan el *continuum* de diferencias sexuales llenándolas de “significado cultural” (Martin y Voorhies, ob. cit.: 83).

Para el sentido común, la diferencia biológica entre los sexos es un asunto totalmente natural. Es más, la diferencia de los órganos sexuales aparece invocada como la causa natural de la división social/sexual del trabajo. Sin embargo, Bourdieu (2000) plantea todo lo contrario: las diferencias visibles entre los órganos sexuales no cumplen un papel fundador de la división entre los sexos y de la consiguiente estructura de dominación de un sexo sobre el otro.

La oposición femenino/masculino forma parte de un sistema de oposiciones homólogas (alto/bajo, dentro/fuera, pequeño/grande, etc.) que se apoyan mutuamente en tanto se transfieren en la práctica de un dominio a otro (el cosmos, la naturaleza, el mundo social y los cuerpos) o se usan como metáforas unas a otras. Así es que la división entre los sexos parece estar “en el orden de las cosas”: para el sentido común, así como existe un mundo natural y un

orden cósmico, de manera similar existen mujeres y varones con sus diferencias anatómicas. En otras palabras, las experiencias cognitivas de las personas parecen coincidir con las estructuras objetivas.

Pero, en realidad existiría un programa social de percepción del orden androcéntrico (esquemas cognitivos y motivacionales) que junto con el orden social —que lo refuerza (la división social del trabajo, la percepción del tiempo y espacio)— nos llevarían a la construcción social de los órganos sexuales.



Bourdieu plantea que las necesidades de reproducción biológica no determinan la organización simbólica de la división sexual del trabajo y progresivamente de todo el orden natural y social. Más bien, sería una construcción social arbitraria de lo biológico (en especial del cuerpo y

Si bien resulta difícil la “redefinición genérica” al interior de un individuo, es posible —aunque tampoco fácil— la redefinición de estereotipos genéricos a lo largo del tiempo (Heilman 1980: 243). En primer lugar, porque existen motivaciones en las personas que las llevan a impedir el cambio, por la necesidad de claridad y orden en las ideas o percepciones, y por los componentes afectivos y actitudinales que hacen difícil el cambio en la adopción de estereotipos (Raguz 1988: 92).

Y aunque la crítica y el “repensar” el mundo son posibles, los estereotipos tienen un componente afectivo, actitudinal, que los hace muy reacios al cambio. Por ello, a nivel abstracto es posible ser liberal, mientras que al tratarse de uno mismo o personas familiares o queridas, se es más tradicional.

En segundo lugar, es difícil el cambio de estereotipos porque es necesario que cambien las expectativas normativas (prescripciones) y las percepciones estereotipadas simultáneamente, teniendo en cuenta que puede cambiar un estereotipo pero esto no arrastra necesariamente cambiar los demás relacionados con él.

De la construcción a la materialización del sexo y género
A inicios de los noventa, el *cuerpo* como categoría conceptual empezó a considerarse como una parte del rompecabezas teórico en torno a la teoría del género. Así, se lo caracterizó como el *locus* donde, a partir del sexo, el género se construye (Plumwood, ob. cit.: 7).

The body does play more than an arbitrary role in the formation of gender. Gender is somehow go out of sex, it is not just an extra addition to it.

Los estudios seminales sobre la categoría *cuerpo* mostraron entonces que los cuerpos están siempre en un contexto social y siempre se les atribuye un significado y contenidos sociales (Gatens en Plumwood, ob. cit.). Por lo que se empezó a explorar la interrelación cuerpo-sexo-género. Se planteó entonces que las identidades o estereotipos de género solo podían construirse a partir del cuerpo contextualizado social e históricamente.

Desde la perspectiva de la acción, Cahill (1989) proponía que en el proceso de creación de las identidades genéricas, bajo patrones culturales prescritos, los cuerpos debían ser gestionados, es decir decorados a partir de la vestimenta, los accesorios o el tratamiento de diferentes partes, como el cabello. Solo de esta manera, niños y adultos serían capaces de interpretar las diferencias sexuales.

Siguiendo esta línea interpretativa, que ponía énfasis en la gestión permanente del cuerpo para la construcción de las identidades genéricas, diversos investigadores relevaron la centralidad de la performance corporal inspirados en los trabajos de Bourdieu y la categoría del *habitus*. Por ejemplo, son ilustrativos los estudios que se elaboraron en torno a las identidades transgenéricas poniéndose de manifiesto que toda identidad debía entenderse como fluida y constantemente negociada. Así, las identidades performativas de los transgéneros estaban ligadas a temporalidades bastante cortas tipo día/noche.

que no es posible rastrear el origen del género, ya que el “llegar a ser” es una actividad fundante que no queda fijada, sino que está teniendo lugar incesantemente. En otras palabras, no debe entenderse el género como el producto de relaciones culturales y psíquicas sucedidas en el pasado remoto, sino como una forma contemporánea de organizar las normas culturales, una forma de situarse en y a través de esas normas: un estilo de vivir el propio cuerpo en el mundo.

Entonces, uno elige su proyecto de género, pero no lo elige desde la distancia: hay una unión ontológica entre el agente que elige y el género elegido. Así, Beauvoir considera que esa elección del género es un proyecto incesante, un acto diario de *reconstrucción prerreflexiva*: un acto tácito y espontáneo que no es totalmente consciente pero que es accesible a la conciencia.

Butler, considera el “llegar a ser” de Beauvoir relevante por su potencial emancipatorio para las mujeres, que aparecerían como sujetos performativos. La propuesta de Beauvoir mostraría por tanto, como contraparte, que el sistema heterosexual no se impone ni mecánicamente ni automáticamente. Pero a pesar de la elección de los estilos corpóreos reinterpretados voluntariamente, existen fuertes constreñimientos sociales.

De modo tal que Butler señala que no es posible existir en un sentido socialmente significativo fuera de las normas de género establecidas. La caída de los límites de género instituidos inicia una dislocación radical que pue-

de asumir significación metafísica: “en los momentos de dislocación de género es que nos damos cuenta de lo poco necesario que es que seamos los géneros que hemos llegado a ser, hay una libertad que se ha convertido en carga por el constreñimiento social”.

En *Bodies that matter* (1993) Butler desarrolla extensamente esta propuesta. El imperativo heterosexual se perpetuaría produciendo la materialización del sexo, pero su historicidad permanece disimulada: sus efectos se van acumulando y produciendo efectos materiales sobre los cuerpos. El sujeto no actuaría en complicidad con esta ley simbólica del imperativo heterosexual, más bien se identificaría con dicha ley (como algo natural y ahistórico) y se la apropiaría compulsivamente.

Butler, lanza otra pregunta importante: ¿el género necesita estar vinculado al sexo de algún modo o ese vínculo es en sí mismo una convención cultural?, proponiendo que el sistema binario de género corresponde a un entramado político y lingüístico que plantea el sexo como diádico.

Si la demarcación de la díada sexual es producto de la interpretación, esto permite señalar que la oposición binaria sirve a los propósitos de la jerarquía. Ya que al nombrar la diferencia sexual, la creamos. Restringimos nuestro entendimiento de las partes sexuales relevantes a los de la reproducción, haciendo con ello de la heterosexualidad una necesidad ontológica.

El sexo es tomado como un rasgo físico, como un dato inmediato que pertenece al orden de lo natural, pero

Un importante grupo de entrevistados proviene de familias tradicionales provincianas. Su infancia tuvo como centro o referente el campo. Vivieron o pasaron largas vacaciones en casas-hacienda espaciosas y rodeados de numerosos familiares y "sirvientes". Sus padres eran dueños o administradores de haciendas.

[Mi infancia transcurrió] en Trujillo... en una casa grande de campo, fuera de la ciudad. La huerta, los árboles, el jardín... una paz inmensa...

(Mujer, 38 años)

Un segundo grupo proviene de familias tradicionales afincadas en Lima cuyos padres eran profesionales liberales (médicos, abogados) o comerciantes. Sus infancias transcurrieron en un mundo urbano, tranquilo, en amplias casonas, rodeadas de "empleadas".

¿Quiénes me criaron? Bueno, yo creo que fue una educación un poco compleja entre mis padres, entre el mundo que significaba mis padres y el mundo de las empleadas, porque eso era bastante fuerte... las "mamas". Era un mundo totalmente fantástico, de idealismo maravilloso. Para mí no existían ni tristeza ni problemas ni sufrimiento... nada... para mí todo era maravilloso; todo lo que quería lo tenía.

(Mujer, 33 años)

Un tercer grupo proviene de familias no adineradas —aunque con cierto prestigio social—, pero que progresivamente lograron consolidar una fortuna: familias de origen árabe, judío o chino.

La mayoría de entrevistados vivió una infancia en el seno de familias extensas: hermanos (una tercera parte de familias estaba compuesta por más de 5 hijos), tíos, tíos abuelos, abuelos, allegados y numerosas "amas". A pesar de ello, la falta de comunicación, distancia o poco contacto afectivo parece haber caracterizado el tipo de relaciones al interior de las familias,

... soledad, de la ausencia de comunicación con los padres... No es como ahora que yo converso con mis hijos, dialogo, peleo... era más un distanciamiento... pero soledad... en esa casa tan grande donde vivíamos...

(Mujer, 33 años)

Mis primas de Lima nos daban la mano con guante... veías a las amas de blanco, con sus cofias, con sus chompas azules, medias blancas y zapatos de enfermera. Mis primas iban a todas partes con su chofer, nosotras teníamos a lo más el chofer de la chacra.

(Mujer, 38 años)

La mayoría de entrevistados recuerda en su infancia una madre distante, dedicada a su persona, perfeccionista, exigente y de un fuerte carácter. Curiosamente estas características de personalidad se alejan mucho de los estereotipos tradicionales de mujer.

Mi madre era muy bonita, muy elegante, muy dedicada a su persona... perfeccionista, introvertida... con muchísimas cualidades pero no se daba mucho.

(Mujer, 49 años)

trevistados en su niñez. La imagen de la madre como mujer dedicada al hogar y a los hijos, pero distante, exigente y perfeccionista, unida a una imagen de padre dedicado al trabajo y poco afectuoso, serían modelos genéricos que los entrevistados habrían aprendido en su primera infancia.

Los colegios a los que asistieron tanto hombres como mujeres entrevistados reforzaron las imágenes de hombre y mujer, aprendidas en la infancia. Señalemos que con excepción de una entrevistada, que asistió a un colegio mixto, y dos entrevistados que asistieron a colegios laicos (pero solo de hombres y muy conservadores), todos los demás entrevistados asistieron a colegios no mixtos y tradicionalmente religiosos. Al parecer, estos colegios tuvieron bastante éxito en la transmisión de estereotipos de género. El ritual, el compromiso afectivo y hasta el temor (la idea del pecado) en la relación con los alumnos debe haber contribuido a la transmisión de estos contenidos.

Las monjas tienen algo especial para formar. Nos inculcaban la unión de la familia, el hogar... *con tanto amor* que es algo que te queda para el resto de la vida.

(Mujer, 53 años)

Los temas sobre los que se insistía sobremanera en los colegios —según recuerdan mujeres de distintas edades— estaban relacionados con la exaltación de la virginidad prematrimonial en la mujer, la pureza y el ideal maternal.

En mi colegio insistían sobre la virginidad, la castidad y la pureza... muchísimo... “Cuidado con sacarse la bata si

hay chicos; ponerse lo más rápido la toalla”, advertencias sobre eso todo el tiempo, sin llegar a hablar sobre sexo... El último año vino un médico a hablarnos...

(Mujer, 38 años)

Yo pienso que se esforzaban en inculcarle a la mujer, un poco por el lado que es la que da mucho amor, la que tiene que estar al cuidado de los hijos, de lo importante que es; también te enseñaron a ser fuerte, a decirte bueno, no siempre vas a contar en muchas cosas con el apoyo del marido, que el marido un día trabaja, que cada día trabaja más y son cosas que suceden; el hombre cada vez está más absorbido por cosas que suceden fuera de la casa y que uno debería estar preparada para eso.

(Mujer, 25 años)

La imagen de la madre —dulce o distante— pero siempre presente en el hogar y responsable “exclusiva” de los hijos es reforzada y justificada dentro de un contexto religioso en los colegios de mujeres.

En los colegios solo de hombres tampoco se recibía “oficialmente” una educación sexual adecuada, pero se hablaba entre muchachos sobre sexo (casi siempre con información de segunda mano y tergiversada) y se leían revistas o novelitas que lindaban con la pornografía, donde la mujer era presentada como un objeto sexual,

No recibimos en el colegio ninguna educación sexual. El sexo se conocía de murmullos en la oreja y de imaginación “absolutamente abstracta”.

(Hombre, 39 años)

La mujer llora mucho pero no se triza tan fácilmente como el hombre. El hombre cuando se triza, se triza de verdad. A los hombres se les enseña a no llorar desde chiquitos, las mujeres lloran todo el tiempo. El hombre es más fuerte físicamente; la mujer es moralmente fuerte.

(Hombre, 39 años)

Para la mujer primero es su hogar, para el hombre no. Para mi marido primero están sus libros, después el golf y su familia... aunque ha sido padre chocho, preocupado por sus hijos.

(Mujer, 53 años)

Hombres y mujeres caracterizan a la mujer con atributos referidos a la esfera espiritual o de los sentimientos. La mujer es descrita como eminentemente "dadora": preocupada del hogar y de los hijos y "centrada en relación a los otros". Al hombre, por el contrario, se le caracteriza por su agresividad, rudeza y preocupación por sus propios intereses: intelectuales, laborales o deportivos. A diferencia de la mujer, el hombre aparece "centrado" sobre sí mismo. La moral sexual resulta también diferenciada: la mujer es fiel o en todo caso la infidelidad aparece como excepción o conducta límite; el hombre es caracterizado como eminentemente infiel.

Los atributos personales característicos de hombres y mujeres aparecen como *categorías polares*: un atributo reconocido como principal característica de un sexo tiene su contraparte en el otro sexo, pero de signo contrario. Si

bien la inteligencia es considerada como una capacidad indiferenciada según sexo, los hombres son considerados fuertes físicamente y diestros para realizar trabajos rudos, en cambio la mujer es descrita como responsable, ordenada y dedicada.

... las mujeres me parece que son más ordenadas, más responsables...

(Mujer, 24 años)

Los hombres y las mujeres tienen habilidades distintas. Cuando una mujer tiene un hijo adentro ya cambia. Por más que digan que la mujer es igual al hombre o el hombre igual a la mujer.

(Hombre, 20 años)

Los atributos "negativos" con los cuales se describieron fueron básicamente el conformismo, el detallismo, el ser chismosas y frívolas:

Somos leales, queremos sinceramente... somos capaces de llegar a límites increíbles de darnos...

(Mujer, 37 años)

[...] somos buenas críticas, tenemos poder de observación; ellos están concentrados en sus trabajos, no tienen tiempo de observar: tenemos la inquietud de darte cuenta de por qué tu hija llora... Estamos con los chismes, con los recovecos... Somos conformistas.

(Mujer, 38 años)

Somos habladoras, somos muy detallistas, entramos en muchos detalles; de otro lado tenemos fuerza moral. La

Detesto a los hombres que se dan ínfulas, que paran contando todas sus conquistas, como que tienen a la mujer botada, que hacen lo que quieren... Esos que rajan de su pareja.

(Mujer, 52 años)

Me desagradan el hombre borracho, el que vive en ese plan; el que se las da de "más hombre" porque está borracho; o el que vive demostrando su fuerza física y es violento. Creo que esas son las cosas que más me desagradan.

(Mujer, 25 años)

Además de describir los atributos que las mujeres y hombres consideraban característicos de ellos mismos y de señalar cómo las mujeres "veían" a los hombres y viceversa, consideramos oportuno describir cuáles eran las expectativas de los entrevistados y entrevistadas sobre los atributos que considerarían más o menos apropiados para hombres y mujeres. Para ello les pedimos a los hombres que describieran a la mujer ideal y a ellas al hombre ideal. Complementariamente se les pidió que señalaran los atributos que admiraban en sus cónyuges.

La mujer ideal fue descrita como femenina, amorosa, cariñosa, sensible, bonita, limpia y comunicativa.

Una mujer ideal... que sea amorosa, cariñosa, sensible y que se sienta querida ¿no?; querer y que se sienta querida.

(Hombre 47 años)

Con la que puedes hablar cualquier cosa, que no sea físicamente un bodrio, pero el mayor problema no es el físico.

(Hombre, 49 años)

Que sea culta, limpia... que tenga una razón de ser, un objetivo en la vida. Que sea bonita (no me refiero a que sea Marilyn Monroe) pero que sea bonita.

(Hombre 39 años)

Mientras el hombre ideal fue descrito como alegre, entusiasta, hogareño, bondadoso, comprensivo, con mucha personalidad, trabajador, cariñoso, inteligente, sincero, honesto, fiel y leal,

... un amigo, amante, compañero... inteligente, equilibrado, que no sea tonto, espiritual... que tenga sentido del humor, de buen carácter; que no sea celoso ni amarrete.

(Mujer, 52 años)

[...] cómo te puedo decir, la presencia íntegra, no presencia física, sino una presencia que en la cual hay comunicación a todo nivel ¿no?... Y el gusto por el trabajo.

(Mujer 50 años)

Los hombres admiran en sus esposas la decencia, franqueza, moralidad, sensibilidad, autenticidad, honestidad, inteligencia, belleza, elegancia y la fortaleza "interna".

[yo admiro el hecho de] que ella es la que rompe el hielo para comunicarse; yo soy una persona a veces un poco difícil para comunicarme, soy un poco introvertido en las cosas íntimas.

(Hombre, 39 años)

La naturaleza sexual de hombres y mujeres es percibida diferentemente por las entrevistadas. Las mujeres respondieron, sin embargo, casi unánimemente afirmando que la sexualidad del hombre y de la mujer eran diferentes: el primero, más *animal* y *agresivo* y más *intensa* la sexualidad de los jóvenes que la de las adolescentes.

Para la mayoría de las entrevistadas la "virginidad" en la mujer era un valor importante. Para un grupo de ellas la mujer debe "llegar virgen a su matrimonio", cosa que puede significar un gran esfuerzo o un "compromiso tácito" con sus padres, o en todo caso tener relaciones sexuales con el hombre con el que se va a casar. Una minoría de las entrevistadas señala que el asunto de la virginidad es un tema muy personal, aunque antes hubieran pensado que la virginidad era imprescindible en la mujer.

La que lo haga la respeto... que lo haya meditado. Yo soy una prueba de que una se puede casar virgen. Toda la adolescencia estuve con el mismo enamorado y sin embargo, me casé a los 19 años sin haber tenido relaciones.

(Mujer, 37 años)

[...] hoy en día es... no sé... son pocas las chicas, en realidad, que no las tienen [relaciones sexuales prematrimoniales], ¿no? Ahora, yo estoy hablando, no es que llegue a aceptar, pero comprendo la situación de la chica mayor que es con el chico con el que se va a casar, no?... Para nada acepto a la chica que sale y al mes es con otro y al siguiente con otro... definitivamente.

(Mujer, 25 años)

Me cuidé muchísimo... sentía que no podía defraudar a mi mamá de esa manera...

(Mujer, 38 años)

La virginidad de las hijas también es un ideal a conservar. Sin embargo, algunas pocas mujeres admitieron que llegado el momento conversarían con sus hijas al respecto, aunque en principio sostengan que la virginidad es importante: al ser asociada con el respeto o integridad que perderían en cada relación sexual prematrimonial. En todo caso, estas son solo admitidas con el "novio", con el que se casarían. Sin embargo, es interesante señalar que si bien las mujeres conservan el ideal de la virginidad para las mujeres en general, y sobre todo en el caso de sus hijas, este es casi inexistente para los hijos hombres. Aunque en algunos casos se afirma que el hombre "debe abstenerse lo más posible... que no estén metiéndose con cuanta mujer se les cruza" (mujer, 37 años). Detrás del deseo de abstinencia sexual de parte de los hijos hombres se encuentra en gran medida el deseo de proteger a las propias hijas del "acecho sexual" masculino: sus hijas podrían convertirse en las "víctimas" de esa situación.

... mira, yo no creo que el chico necesite iniciarse sexualmente con una... no sé, te juro que no lo sé; me figuro que se buscarán por ahí una chica, pero yo no lo creo. En el caso de mi hijo, nosotros, o sea, lo que yo he tratado, hemos tratado, es que ellos respeten a las chicas; porque igual, el día de mañana yo no puedo pretender que mi hijo se vaya y busque a "una putita"; yo tengo dos hijas

Como lo afirmara el varón más joven que entrevistamos... “de mi padre yo no me sorprendo que sea infiel —no es que me guste— pero no me parece raro; en cambio de mi madre no lo aceptaría... es otra cosa” (hombre, 20 años)

Si la infidelidad femenina es duramente criticada con el argumento del “ejemplo moral” hacia los hijos, tanto por las mujeres como por los varones, la infidelidad masculina es aceptada bajo el argumento de “hecho circunstancial” o “no conocido”.

Mientras ella no se entere, o sea, él no dé pie a que ella sepa, que ella sufra... pero si lo hace de manera obvia no [debe pasar por alto la infidelidad del esposo].

(Mujer, 49 años)

A veces te ves obligada [a pasar por alto la infidelidad del esposo], cuando es pasajera y no paralela... por los hijos.

(Mujer, 25 años, 3 hijos)

... una cosa circunstancial es diferente a tener una querida.

(Mujer, 53 años)

Hombres y mujeres coincidieron en sus explicaciones acerca de las causas de la infidelidad masculina: la infelicidad en la casa, la curiosidad, debilidad, las oportunidades circunstanciales o porque son “mujerriegos por naturaleza”. En cambio, sobre las razones de la infidelidad femenina las respuestas ponían el énfasis en aspectos relacionados con el afecto: la soledad, la mala relación de

pareja o la falta de amor hacia el esposo. De esta forma podemos notar que no solo se critica duramente la infidelidad femenina, sino que se le despoja de sexualidad. Aparece como portadora de “otro tipo” de comportamiento en la medida en que no se admiten como sus causas la debilidad, curiosidad o el deseo de placer.

Por último, queremos señalar que la planificación familiar no fue una práctica común entre las entrevistadas mayores de cuarenta años e incluso tampoco lo ha sido para las parejas más jóvenes. Pocos entrevistados planificaron la concepción de sus hijos, siendo estos relativamente numerosos. Descontando a dos parejas recién casadas, el promedio de hijos por familia es de 3,6. La mayoría no planificó la “llegada” de ningún hijo o solo de alguno(s) —en unos casos por problemas de infertilidad. Un hecho a tomar en cuenta es que la “llegada” de los hijos no representa para la familia un problema serio ya que se cuenta con los medios económicos, el espacio físico y la infraestructura doméstica y de personal (amas, niñeras o empleadas) para su crianza; lo que explicaría tal vez, en algún sentido, una cierta “despreocupación” al respecto. Existiría a su vez, una presión social sobre el hombre casado que lo obliga a tener hijos para probar su hombría. Agreguemos a esto que las mujeres no trabajan fuera de casa, lo que hace poco conflictivo tener un nuevo bebe. Otras explicaciones podrían encontrarse en el hecho de que el ideal de mujer que los colegios religiosos tradicionales inculca-

principales razones por las que creen que deben cuidar su apariencia física son las de *sentirse bien* ellas mismas y ser bien consideradas por el marido y los hijos: el cuerpo es fuente de autoestima.

Primero por una misma, no sé; yo creo que siempre una está más contenta si te cuidas a ti misma y te ves bien; y después por tu pareja y por tus hijos también. No creo que haya nadie a quien le guste ver a una persona que no se ocupa de ella.

(Mujer, 25 años)

... que tu marido te mire y te diga que estás todavía "buena".

(Mujer, 50 años)

Por esto, las mujeres dedican gran cantidad de tiempo al cuidado de su apariencia física: aun cuando ellas perciban el tiempo utilizado como "un mínimo indispensable". Un grupo acude a las peluquerías donde "se relajan y entretienen" mientras las peinan, tiñen sus cabellos, o arreglan sus uñas, entre otros procedimientos para "mantenerse bien". En cambio otro grupo señala que del cuidado de su apariencia se ocupan ellas o una peluquera que las atiende en casa.

Consideración muy especial merece el problema del "peso". Todas las mujeres señalan que deben cuidarse de no engordar como requisito básico para "sentirse bien", y que recurren a las *dietas* para controlar el exceso de peso. La mujer del sector socioeconómico alto de Lima dedica grandes esfuerzos para parecerse al ideal de mujer que

proponen los medios de comunicación de masas, esto es, el ideal de belleza anglosajón.

A la par del cuidado de la apariencia física por medio de la gimnasia, dietas o arreglo de partes del cuerpo, la *ropa* parece jugar un rol muy importante en la apariencia. Resulta evidente que las entrevistadas pueden seguir el dictado de la moda internacional ya que están en condiciones económicas de comprar constantemente vestimenta y todo tipo de accesorios, que adquieren en el país y principalmente cuando viajan al extranjero. Al ser preguntadas sobre cómo se sentirían si no pudieran comprar ropa durante un año, algunas pocas señalaron que se "harían a la idea", otras indicaron que se fastidiarían ("... lo que para otras sería una tragedia..."; mujer, 53 años); un tercer grupo consideró la idea de hacerse o arreglarse la ropa "del clóset"; y por último, algunas señalaron que "... me sentiría feliz, porque aprendo a combinar [la ropa y los accesorios] y a arreglármelas con lo que tengo..." (mujer, 38). Las mujeres encuentran gran placer en comprar ropa y en el caso de los dos últimos grupos de entrevistadas que referimos, no comprar ropa les parece casi imposible. Encuentran una salida "positiva o feliz" a la alternativa que se les planteó: aprender a *combinar* la ropa; esto indica que normalmente cuentan con una enorme cantidad de prendas de vestir.

Un último elemento que nos indica la importancia que las mujeres asignan a su apariencia física tiene que ver con el temor al envejecimiento en tanto esto implica fealdad o el fin de su "encanto".

El cuerpo para los hombres parece estar menos “cargado de significado” que para las mujeres y no sería una fuente de autoestima como lo es para ellas. Detrás del énfasis de cuidar el cuerpo por medio del deporte “para proteger la salud del corazón” y de alguna alusión a que la obesidad (gordura excesiva) no es considerada saludable, pareceríamos encontrar como lo señala un varón, en la primera de las citas precedentes, que la belleza del cuerpo o su cuidado son un atributo femenino. En otras palabras, el desinterés manifiesto frente a sus cuerpos podría esconder el temor a ser considerados “afeminados”. Las exigencias o expectativas sobre el cuerpo de la mujer son mucho mayores que las generadas por el cuerpo de los hombres. Como señala una de nuestras entrevistadas, “su aspecto, mientras no sea horripilante, es lo de menos”.

Finalmente, la poca exigencia frente a la apariencia o “arreglo” del cuerpo masculino está relacionada con el hecho de que los entrevistados en su totalidad afirman sentirse satisfechos con su propia apariencia física. La fuente de autoestima parecería encontrarse para los hombres en aquello que simbólicamente se puede ser o hacer con el poder que proporciona el dinero.

La centralidad e importancia de lo “corpóreo” en la propia percepción de las mujeres entrevistadas se ve corroborada por el hecho de que utilizaron referentes o características corporales para definir la femineidad. Cuando se les preguntó cómo describirían la femineidad, ellas respondieron señalando algunos atributos personales como su-

vidad, ternura, pasividad (en público) e intuición. Pero a la par hacían referencia a las “características corporales” a las que nos referimos. Consideraron femenino que la mujer sea suave, atractiva (aunque recatada), que esté bien maquillada, bien vestida, bien peinada, y coqueta, para poder ser **admirada**. En síntesis, la “belleza” y el arreglo de la apariencia constituyen ingredientes centrales en la “femineidad”, según lo señalan con mucha elocuencia las entrevistadas.

[la femineidad es] algo que tiene la mujer de coquetería, algo innato que es algo muy lindo. Una persona femenina... no tiene que ser muy coqueta, ni muy vanidosa, sino que tiene una ternura, una cosa especial. No me gusta una mujer que es un hombre... digamos, demasiado ejecutiva

(Mujer, 53 años)

Una mujer que siempre está bien arreglada, bien peinada, bien maquillada, bien vestida y que no tiene actitudes varoniles... no es agresiva en público.

(Mujer, 49 años)

[la femineidad es] el placer de mirarte en el espejo y sentirte bien.

(Mujer, 38 años)

La importancia de “mirarse” constantemente, de cuidar la apariencia y de desear “ser mirada” y admirada parece ser central en la percepción que se tiene de lo corpóreo y de “lo femenino”.

Algunas mujeres lamentan que sus esposos no se hayan involucrado en la crianza y educación de sus hijos. Esperaban que ellos amaran y acompañaran a los niños (“que no sea mandón, que sea más amigo de los hijos”). Los hombres, sin embargo, consideran que el deber del padre solo consiste en “aconsejar”, “guiar” o “formar”: acciones que implican una relación poco afectiva.

[El padre debe participar en la crianza de los hijos] ¡Uy! muchísimo, más de lo que participa mi esposo. No ha participado nunca... Con María Fernanda la cargó al salir de la clínica, eso ya fue una proeza.

(Mujer, 38 años)

La educación en general, pienso que enseñarles; básicamente enseñarles para que sepan, para que logren lo que uno está soñando.

(Hombre, 47 años)

[El padre debe participar en la crianza y educación de los hijos solo] en el momento que está en la casa y tiene algo que aportar, sí... pero no tiene que dejar de trabajar horas para dedicarse a la casa... puede enseñarle cosas a la bebe, dar consejos...

(Mujer, 24 años)

Para las entrevistadas, la función primordial de la madre es la de “darles lo mejor”, darles “valores”, “estar a su lado”, “guiarlos”: un fuerte contenido afectivo y de entrega a los hijos. Curiosamente, los entrevistados esperan en la mujer actitudes menos afectivas: educar y controlar.

La maternidad es vivida como contraparte del rol de esposa como producto de un matrimonio legalmente constituido. La figura de madre soltera resulta un estigma para la mujer del sector socioeconómico alto. Esto nos indica que la maternidad implica dependencia y protección del esposo. De hecho, el trabajo de la madre es visto como perjudicial para sus hijos.

Las entrevistadas menores de cuarenta años —que tenían hijos pequeños— manifestaron que las mujeres casadas y con hijos pequeños no deberían trabajar. Solo aceptan dicha decisión en caso de real necesidad económica. Las mujeres mayores de cuarenta años —que ya tienen hijos mayores— manifestaron, sin embargo, que la mujer casada y con hijos pequeños podría trabajar por horas si se organiza bien. El hecho de que las mujeres jóvenes estén en pleno proceso de crianza de sus niños puede explicar el matiz de diferencia entre ambos grupos de edad.

Para los varones, las mujeres casadas y con hijos pequeños no deben trabajar fuera de casa, pues la madre sería imprescindible e insustituible en la crianza de sus hijos.

Porque la crianza la da la madre, no la da la empleada ni el padre. La madre es importantísima, sobre todo en los primeros años. Y como están preocupadas por lo que pasa con el cachorro en la casa, su trabajo tampoco lo hacen bien.

(Hombre, 39 años)

Debemos considerar que el espacio público aparece, en realidad, como un espacio exclusivo de los hombres;

Conyugalidad

¿Deberes de la esposa en relación a tu pareja y no en relación a tus hijos? En relación a mi pareja... que él llegue a la casa y tenga las cosas que al él le van a gustar; qué te digo, en cuanto a su comida y en cuanto a comunicación; o sea, que él se sienta que estoy siempre escuchándolo, ¿no?, y que la comunicación no se rompa. Eso me parece importante.

(Mujer, 50 años)

Soy más madre que esposa; eso me ha criticado siempre mi esposo. No soy de las que están en el detalle de prepararle su comida... Le demuestro en otras formas que lo engrío: apoyarlo... hacerle ver cuándo las cosas están bien o mal.

(Mujer, 53 años)

Para las entrevistadas los deberes de la esposa están centrados en la atención del cónyuge; “que llegue a casa y tenga lo que le guste”; “atenderlo a veces como un pachá”; “estar allí presente, quererlo y ayudarlo incondicionalmente”.

Los hombres entrevistados coincidieron en señalar que los deberes de la esposa son brindar cariño, amor y respeto —vale decir seguridad y soporte afectivo— pero además añadieron su responsabilidad por la casa y los hijos,

Bueno la casa en sí, como número uno; la educación de los chicos, que la casa esté como debe ser.

(Hombre, 39 años)

De la esposa... creo que es el cariño, también el respeto, el amor.

(Hombre, 47 años)

El deber principal del esposo es el de proveer a la familia “de todo aquello que se necesita”, dar una imagen de seguridad ante los hijos y, finalmente, ser fiel y cariñoso: estar “presente en casa”. Se apela, entonces, a la seguridad económica y la protección. Los entrevistados coinciden con estas afirmaciones. Debemos decir que al ser el proveedor exclusivo de la familia, el hombre encuentra en esta situación un sustento real de poder al interior de ella.

Creen que porque una ya se casó, te pueden guardar y lo que una necesita es “mantenimiento”.

(Mujer, 52 años)

Su presencia es muy importante, porque es terrible con el tiempo de su trabajo... estar de buen humor, escuchar... que no falte nada en el hogar.

(Mujer, 37 años)

Traer dinero.

(Hombre, 32 años)

Encontramos que los hombres son los “proveedores” de las familias. Las mujeres no generan ingresos propios, razón por la cual sus esposos tienen poder, lo que determina —según casi la totalidad de entrevistadas— que sea este quien toma las decisiones importantes en la familia, o en todo caso, quien parece hacerlo.

familia constituida (indispensable para hacer buenos negocios) y el rechazo a repartir los bienes.

[Las mujeres no se divorcian] por el qué dirán y lo que te han enseñado desde chica... que la mujer aguanta, que es la responsable, la que tiene que seguir adelante sea como sea... que has jurado ante el altar "hasta que la muerte los separe", todas esas cosas. Por la parte económica, la mujer no está preparada para afrontar el mundo... aguantan por la parte económica; hay miles de casos... prefieren su posición cómoda, la seguridad económica y lo aguantan con esa compensación.

(Mujer, 38 años)

Tal vez la frustración acumulada por estas situaciones donde los esposos y esposas "actúan a ser felices", escondiendo sus más profundos sentimientos en favor del placer de vivir con holgura económica y lujos, o eligiendo la comodidad y el status de tener una familia constituida, e incluso optando por preservar la unidad de los bienes, sea, en alguna medida, responsable de la agresión física entre las parejas del sector socioeconómico alto de Lima.

Encontramos que la totalidad de entrevistados había escuchado sobre casos de agresión física en el círculo de sus conocidos. La mayoría se cuidó mucho de recalcar que esto no sucedía en su entorno ("que conste que yo no he visto a nadie 'abollado' en mi familia"; hombre, 32 años). El énfasis de esta aclaración resulta por demás sospechoso. Este dato nos sorprendió sin embargo, ya que asumíamos que existían canales de comunicación verbal

o, si faltaban, el uso del tiempo libre convertido en esparcimiento funcionaría como una "válvula de escape" para las tensiones cotidianas. El consumo de alcohol, en estos comportamientos violentos, parecería un detonante.

Sí he escuchado sobre agresión física en la pareja. Hace poco una amiga íntima se ha divorciado por eso... Lo que pasa es que se oculta, no se conversa [...] creo que es más de lo que nos imaginamos.

(Mujer, 38 años)

Sí sé de algunos casos, pero no de gente directa.

(Hombre, 47 años)

El trabajo doméstico

De acuerdo a las posibilidades económicas y culturales de las personas, el trabajo doméstico tendrá determinadas características como la intensidad del esfuerzo físico, la duración de las jornadas, la participación de la totalidad de los miembros de la familia, de parte de ella o de terceros; y tendrá un significado y una importancia diversos en la vida de las personas.

Para las mujeres, el trabajo doméstico consiste en vigilar, organizar y dirigir las tareas *de la casa*. En realidad, podrían considerarse administradoras o gerentes de la "empresa familiar", aunque para ellas, el "tener la casa en orden" representa básicamente una manera de proveer cariño a los suyos. Encontramos pocos deseos en las mujeres de contar con la ayuda de sus esposos en el quehacer do-

Si bien las mujeres no realizan tareas domésticas regularmente en la casa (alguna señaló que “prende” la lavadora y secadora de ropa, “pero no plancho” y que algunas “hacen su dormitorio”), hacer compras parece ser la única actividad que realizan regularmente. Es interesante entonces advertir que el trabajo doméstico no implica encierro para la mujer sino por el contrario la posibilidad de salir de su casa. Las mujeres consideran también parte del trabajo doméstico “estar con los hijos”.

Unánimemente, las mujeres indicaron que el trabajo doméstico debe ser hecho por las “empleadas” y que la mujer debe, en todo caso, vigilar el cumplimiento de las tareas y excepcionalmente intervenir o “ayudar” cuando falta una empleada los domingos o en alguna eventualidad. La crianza de los hijos, considerada dentro de las tareas que componen el “trabajo” doméstico para las mujeres del sector socioeconómico alto de Lima, también es “compartida” con las empleadas, “amas” o “niñeras”.

Tuve la suerte de tener esta mama que estuvo 50 años en la familia. Entró de chiquilla a la casa de mis abuelos. Mi mamá se la llevó como ama de llaves, pero cuando mi madre murió, nos encargó a ella y nos crió. Y después vino conmigo. Yo podía dejar a mis hijos con ella y estaban mejor que conmigo... era gente de otra época...

(Mujer, 53 años)

Si bien todas las entrevistadas contaron con la ayuda de amas para la crianza de sus hijos, algunas recalca-

ron que se reservaban algunas tareas que consideraban importante hacerlas por sí mismas: bañar a los niños o darles de comer.

Para las mujeres del sector socioeconómico alto de Lima el trabajo doméstico no ocupa mucho tiempo, ni exige esfuerzo físico, a pesar de tener por lo general casas bastante grandes y un número considerable de hijos. Las empleadas realizan el trabajo (con la ayuda de los electrodomésticos) y las “amas de casa” planifican y controlan dicho trabajo. Como lo indica uno de nuestros entrevistados, el trabajo de la mujer en la casa es similar al del esposo.

La esposa y las empleadas deben encargarse del trabajo doméstico [...]. Si yo tengo mi secretaria, mis gerentes y mis obreros... ¿por qué en casa no va a haber lo mismo? Tener empleadas es una ayuda para mi esposa.

(Hombre, 39 años)

Las mujeres consideran sin embargo, que el papel del esposo en el trabajo doméstico es muy marginal, secundario o prescindible del todo.

Mi esposo es bien comodón... “tráeme esto, tráeme el otro” ... pero por otro lado yo veo que hay esposos que se meten en todo de la casa y eso no me gusta. En mi caso me encanta que no se haya metido. Yo he decorado, puedo hacer lo que me da la gana. Siempre me ha dicho “la casa es de la mujer, es tuya, haz lo que quieras”... eso me parece maravilloso.

(Mujer, 52 años)

la casa o el trato con los contratistas encargados de ellas, “pues la mujer no conoce de esos temas”.

A veces cocino como hobby: entramos todos a la cocina y nos vacilamos alrededor del almuerzo del domingo.

(Hombre, 39 años)

Respecto a los hijos, las percepciones parecen diferentes. La gran mayoría de entrevistados consideró que sus hijos hombres y mujeres deberían participar en los quehaceres domésticos. Una minoría señaló que las hijas debían participar más que sus hijos, o cada uno especializarse “en sus áreas”. Esto aunque los hijos e hijas de la mayoría de entrevistados no participa o no participó nunca de hecho en el trabajo doméstico. Lo hacen eventualmente algún domingo cuando no están las empleadas mientras que en otros casos solo las hijas participan en algunas tareas domésticas sencillas, por ejemplo ayudar a poner la mesa. Resulta interesante anotar, pues, que existe una enorme distancia entre el deseo o creencia de que los hijos deben participar en el trabajo doméstico y el hecho de que no ocurra sino de modo extraordinario.

Les exijo muchísimo [en la realización del trabajo doméstico]; me gustaría que fuese pleno pero *no tienen esa vocación*, un poco que no les agrada, pero algún día lo van a recordar con cariño de repente.

(Hombre, 47 años)

Para algunos hombres que sus hijos varones no participen en los quehaceres domésticos debería atribuirse a su propia naturaleza —“una vocación”—; algo que viene dado. Sin embargo, no relacionan esta renuencia con las apreciaciones que se hace sobre el hecho de que niños y niñas deben jugar “cada uno con lo suyo”, con la expectativa de que las chicas “aprendan a ser algún día una buena madre o una buena ama de casa”, algo que no se aguarda de los hijos hombres. Vemos en estos casos cómo la no participación de estos últimos en el trabajo doméstico está guiada por la crianza y las expectativas centradas sobre ellos. De igual manera, algunas entrevistadas se sorprenden de que sus hijos se comporten como “un pachá” frente a sus enamoradas, olvidando que sus hijos nunca tomaron parte en las labores domésticas.

Uno de mis hijos está ahora haciendo un posgrado en Oxford. En agosto nos fuimos a Estados Unidos con él, y estuvimos en Miami y estaba la enamorada allí. Pasé unos días compartiendo con mi hijo y su enamorada. Me di cuenta de que mi hijo es un “pachá”. “Tengo calor... me muero de calor... quiero una coca cola”, pero la coca cola... tenía que ir la enamorada a hacer la cola a comprársela, porque el niño no se movía. “Quiero un sándwich” y la chica iba... Yo le dije “hijito esto no es posible... es el colmo”.

(Mujer, 53 años)

Para algunas mujeres el comportamiento de sus hijos en torno a la “satisfacción” de sus necesidades aparece

que era una barrera porque en ese momento iban a la universidad muy pocas mujeres. Nadie prácticamente de la sociedad. En ese sentido mi papá era conservador [...]. Estudiando idiomas, una profesora nos dice: “yo soy muy amiga del gerente de una gran empresa y dice que necesita una secretaria...”. Me fui a dar mi examen y me tomaron. Yo tenía 18 años y me fui a trabajar sin decirle a mi papá nada. Casi le da “chucaque”...

(Mujer, 53 años)

En esa época nadie de mi ambiente iba a la universidad. Nos preparaban sí [en el colegio], nos enseñaban a escribir a máquina, taquigrafía, secretariado; ya el hecho de saber inglés era una ventaja. Nos enseñaban a defendernos, nos daban clases de “home economics”, de cocina, de costura, hacíamos un vestido en el año y había un desfile de modas.

(Mujer, 49 años)

Para las mujeres menores de 40 años, el matrimonio apenas acabado el colegio parece ser la causa de no haber seguido o concluido algún tipo de estudio profesional. Con excepción de algunas mujeres jóvenes que siguieron estudios universitarios, todas las demás señalaron como “la frustración de su vida” no haber podido seguir o culminar una carrera profesional.

[Me hubiera gustado] estudiar una carrera, pero no es que me afecte no haberlo hecho por haberme casado, pero sí hubiera querido hacerlo.

(Mujer, 25 años)

Las entrevistadas —en su totalidad— no cuentan con ingresos propios. A diferencia de los varones —que encuentran satisfacciones personales en el hecho de generar ingresos—, las mujeres dicen sentirse bastante mortificadas por no contar con su “propio dinero”, aunque acotan que nunca les ha faltado nada. En algunos casos, eventualmente por las navidades o algún problema pasajero, las mujeres se las “ingeniaron” para generar ingresos. Las mujeres parecen encontrarse en una posición incómoda aunque no crítica; es decir, se sienten fastidiadas por “tener que pedir” el dinero y depender de sus esposos, pero a la vez, ese dinero está disponible para ellas y se sienten con el derecho a usufructuarlo.

Muy frustrada. Por eso en diciembre yo hago cosas navideñas y las mando a un bazar para tener algo, porque no era justo que yo no tuviera una cosa mía para comprarme yo.

(Mujer, 38 años)

Nunca me ha faltado nada pero hay que pedirlo... Yo le di mi juventud y cuatro hijos, ahora a él le toca mantenerme para el resto de su vida.

(Mujer, 33 años)

Para las mujeres del sector socioeconómico alto de Lima, el dinero se gasta, no se genera. La obtención de dinero parece estar relacionada con el azar —ganar un sorteo o recibir una herencia. La frustración y la culpa en alguna medida también parecen rodear al dinero: las

la principal es la del “abandono” del hogar o de los hijos. Los hombres agregaron, además, la preocupación sobre las amistades de la mujer o el peligro de *situaciones amorales* e incluso, como señala alguno, la existencia de trabajos que “malogran a las mujeres”, esto es, “les quitan femineidad”.

... No sé, hay trabajos que malogran a las mujeres. La política, detesto a las mujeres que trabajan en política, son detestables todas. [¿Por qué?]. Porque son antipáticas... La Sra. Merino es otro lote, pero para un papel de prepotente mejor es ver a Diez Canseco que a Lourdes Flores Nano... Dejan de ser femeninas. Todo trabajo que le quite la femineidad a la mujer, no me gusta.

(Hombre, 20 años)

Las mujeres añadieron otras desventajas: no poder despertarse tarde en la mañana o no poder disponer de tiempo para viajar con el esposo:

[La principal desventaja de la mujer que trabaja es] que tiene que contratar a alguien para que le lleve la casa... Estás dejando a tu familia, a tus hijos, lo tuyo, lo único verdaderamente tuyo que por poco tiempo dura... Entran en la adolescencia, se casan y se van. Ese periodo de tiempo tienes que aprovecharlo. Si lo dejas en manos de otros, estás cometiendo un gravísimo error.

(Hombre, 39 años)

A ninguna mamá le gusta dejar a su hijo enfermo, con fiebre en la casa por más que vaya la abuela... que si por allí liga un viajecito con el esposo, no puede ir por el trabajo.

(Mujer, 49 años)

Me parece que toda mujer debe medir la importancia de su trabajo... me parece que lo más importante de todo es darle más cuidados a su familia...

(Mujer, 24 años)

Los hijos y la socialización diferenciada

Hemos encontrado incoherencias o contradicciones entre la afirmación de los entrevistados acerca de la educación sin diferencias según el sexo de sus hijos y el hecho de encontrar expectativas laborales, temores y anhelos diferenciados. Al parecer, la contradicción se da a nivel de discurso, pues al ser preguntados sobre la socialización de sus hijos, encontramos evidentes diferencias de crianza y educación. Pudimos observar cómo, más allá de las afirmaciones acerca de que hombres y mujeres poseen las mismas habilidades, capacidad intelectual y derechos, la educación de hijos e hijas fue diferente en los juegos, la expresión de cariño y las expectativas profesionales.

La totalidad de varones manifestó que estaba en desacuerdo con estimular a sus hijos e hijas con juegos indiferenciados. Mientras un grupo mayoritario de entrevistadas, que señaló que sus hijos no debían practicar “juegos de niñas”, manifestó, en cambio, poca preocupación de que sus hijas mujeres participaran en juego “de niños”.

No me gustaría ver a mis hijas jugar fútbol, no me gusta que mi hijo hombre juegue con muñecas. Primero porque no lo he visto, segundo porque si juega con muñequitas y lo empiezas a pintar y a poner lacitos y faldi-

to, ¿no? Cuando una niña se cae: “uy mamacita, pobre-cita”, pero cuando un hombre: “ya tú eres macho, ¡ya! pégale al piso!”. Yo actuaría diferente.

(Mujer, 24 años)

Los padres sí deben acariciar a sus hijos hombres, pero de adolescentes ya no. No sé, puede que sí... porque tiene otra connotación.

(Hombre, 32 años)

Existe un cuidado especial en el control del afecto que implica “contacto físico”, sobre todo de los padres hacia los hijos hombres, quienes recibirían menos muestras de afecto que las hijas, sobre quienes no recae el temor de homosexualidad.

Debemos resaltar, asimismo, que casi unánimemente tanto los entrevistados como entrevistadas afirmaron que si tuvieran que escoger entre enviar a un hijo o una hija a estudiar al extranjero, enviarían al primero. Esto nos indica que existen mayores expectativas educativas frente a los hijos varones, como así también la idea de que el hombre debe ser un buen proveedor de dinero para poder formar una “buena familia”. Los pocos entrevistados que no escogieron al hijo hombre directamente señalaron que enviarían al más capaz. Ninguno afirmó que enviaría a su hija mujer. La fragilidad o la posibilidad de verlas “perjudicadas” en algún sentido fue la causa.

Al hombre [enviaría a estudiar al extranjero] porque definitivamente él va a tener una carga de familia ¿no? Mi

hija mujer, probablemente, ella se case y el tener hijos le va a ocupar una época en su vida y entonces ella después puede ver en qué trabajar.

(Mujer, 50 años)

Al hombre... por temor de cuando ya sea grande...: todo depende de la educación que se les da en casa. Uno tiene más confianza que al hombre no le va a pasar nada...

(Mujer, 24 años)

No solo para la mayoría las expectativas educativas son distintas, sino que existe una clara preferencia por la educación escolar no mixta y religiosa. Casi todos los entrevistados matricularon a sus hijos en colegios religiosos y casi la totalidad de hijos e hijas cursa o cursó estudios escolares en colegios solo de hombres o de mujeres. La razón para escoger colegios no mixtos está relacionada con la idea de que las niñas se forman “más femeninas”. Secundariamente se prefiere la educación en colegios solo de hombres para los hijos “porque los padres son ex alumnos” de algún colegio no mixto “exclusivo” y existiría una cierta tradición y prestigio en continuar dicho patrón. Sara-Lafosse (1987: 115) encuentra que los padres de familia de colegios estatales de sectores medios y populares prefieren los colegios no mixtos básicamente para los hombres como un medio de “reafirmación de la masculinidad”; en cambio, la preocupación por la “femineidad” para preferir la escuela de mujeres ocupa un lugar menos importante. En el caso de los padres de familia —de colegios privados— de sector socioeconómico alto,

Una gran mayoría de hombres y mujeres consideraban más importante el desempeño de sus hijas como esposas y madres que como profesionales. Si bien la mayor frustración según las entrevistadas fue la de no haber cursado una carrera —y no ser independientes por no generar ingresos propios—, colocaron en último lugar de importancia, para la realización personal de sus hijas, el ejercicio de una profesión. Debemos señalar finalmente que el matrimonio aparece como prerrequisito para la maternidad.

Para los hijos hombres, casi unánimemente se señala como primera prioridad el desempeño profesional como indispensable para su desarrollo personal. Los roles de esposo y padre aparecen subordinados al primero.

A él [al hijo hombre] sí le pondría el éxito profesional primero porque creo que es difícil que un hombre que no sale adelante profesionalmente pueda tener una buena relación con su mujer; es difícil que un hombre que se sienta un poco frustrado, que no tenga en qué trabajar le vaya bien en el matrimonio.

(Mujer, 25 años)

Los padres manifestaron no tener confianza con sus hijas aunque sí con sus hijos. Por su parte, las madres indicaron tener confianza con sus hijas mas no así con sus hijos. Aunque precisaron que en realidad con las hijas habían conversado solo superficialmente sobre algunos temas importantes como la sexualidad.

Muy por encima [hemos hablado de sexo], o sea, muchas veces hemos hablado acá del sida, se ha hablado de todas

las formas de cómo cuidarse, de relaciones prematrimoniales; pero según mis hijas, yo no les he dado una información buena; o sea, hay muchas críticas. (Risas).

(Mujer, 50 años)

Sí, podemos conversar de todo [¿de sexo?] ... de sexo sí, nunca me he horrorizado de nada, hay apertura. Pero cuando mis hijos hombres eran adolescentes yo le dije a su papá: "tú habla de eso".

(Mujer, 52 años)

Sí... mi hijo que tiene 16 años fuma, se lleva el carro, se toma una cerveza conmigo. Hemos hablado mucho de drogas, prostitución, homosexualismo. Compartimos nuestro deporte. Hay mucho tiempo de conversar.

(Hombre, 39 años)

Tanto los varones como las mujeres demostraron tener pocas expectativas laborales respecto a sus hijas, pero altas expectativas frente a sus hijos. Este hecho corroboraría la idea generalizada de considerar al hombre como el proveedor exclusivo de la familia y asignar, como contraparte, a la mujer el rol de madre y encargada del hogar.

Las entrevistadas manifestaron el deseo de que sus hijas estudien alguna profesión, aunque priorizando su rol de madres y esposas. La profesión es considerada como "un seguro" o como una vocación a desarrollar en algún momento cuando los hijos sean mayores. Ellas escogieron como profesiones deseadas para las hijas decoración, diseño o arquitectura, hotelería, catering, publicidad, periodismo, "cualquier trabajo que sea en servicio a

gar, no se desea que trabajen en actividades donde pueda existir competencia con el esposo o que exijan gran independencia como la diplomacia, donde el esposo tendría posiblemente que subordinarse a los desplazamientos geográficos de la esposa. En tercer lugar, las actividades que implican independencia, seguridad o agresividad, como la política, son rechazadas. Dichos trabajos le "quitarían femineidad" a la mujer, en tanto se asocia la delicadeza, pasividad o dependencia con "lo femenino".

No me gustaría [que una hija mía] sea cantante o bailarina; que trabajara en un ambiente difícil... no compatible con la vida de hogar. O que sea secretaria en una oficina donde los jefes se quieran aprovechar, ambientes donde hay sinvergüenzerías.

(Mujer, 37 años)

En el caso de los hijos hombres, las profesiones o actividades laborales que rechazan son peluquero, florista, bailarín, artista, modelo, disk jockey, cura, militar, trabajo en minas o "zonas rojas". Entre los temores que manifestaron frente a sus hijos hombres, destaca el temor al "afeminamiento" u homosexualidad. En segundo lugar, se teme el trabajo donde "se toma mucho" o hay consumo de drogas. En tercer lugar, las carreras militares o trabajos en zonas de violencia debido al implícito peligro físico.

Podemos apreciar que los entrevistados tienen expectativas diferentes frente al desempeño laboral de hijos e hijas: profesiones más valoradas y más rentables para los

varones. Y temores también diferentes: para los hijos el temor al afeminamiento, mientras para las hijas el temor al "abuso sexual" o "peligro moral". Pero curiosamente, la mayoría de los entrevistados manifestó que había educado de manera similar a hijos e hijas. No solo son diferentes las expectativas laborales de los padres y madres frente a los hijos, sino que las preocupaciones y anhelos sobre ellos también demostraron serlo.

Los espacios de interacción

Consideramos necesario referirnos a los espacios o lugares donde se desenvuelve la vida privada y pública de la familia limeña del sector socioeconómico alto y al manejo simbólico que tienen estos espacios de acuerdo a los atributos personales que se norman para las mujeres y los hombres bajo un criterio de roles y actividades diferenciados. Queremos anotar, sin embargo, que no creemos que los espacios sean simples escenarios donde actúan las personas; sino más bien que las personas utilizan, modifican y son influidas por los espacios y sus "habitantes particulares" (Harvey 1989: 5-7).

En principio, queremos apuntar que el contexto de riqueza que rodea a los entrevistados les permite transformar "espacios públicos" en "espacios privados". Por ejemplo, las calles donde se ubican sus residencias están cerradas con tranqueras y vigiladas por personal especializado que garantiza que solo pueda accederse a ellas después de haberse identificado. Lo "exclusivo" forma parte del modo

casa, de las empleadas o de los hijos, y los hombres a su vez consideran inoportuno compartir sus problemas laborales con sus esposas. Al parecer, las expectativas de lo que “el otro espera escuchar” no coinciden con los intereses y preocupaciones de cada cónyuge. Así, los espacios físicos y de poder aparecen como esferas sin posibilidad de contacto.

No, pueden haber temas, por ejemplo, que más bien a él no le parezcan tan importantes... pueden ser las cosas de la casa o problemas con gente que trabaja acá, y yo sé que a él no les va a dar quizá la importancia que yo les doy.

(Mujer, 25 años)

Las cuestiones de trabajo me molesta conversarlas, porque a veces me parece que no me entendiera o simplemente el hecho de hablar de cuestiones de trabajo en la casa ya me está reventando.

(Hombre, 39 años)

Si bien los espacios físicos y de poder que manejan hombres y mujeres aparecen como excluyentes, estos son siempre privados o los convierten en privados en la medida de lo posible. Los clubes son justamente espacios públicos pero privatizados, ya que solo un grupo selecto de personas conocidas es admitido. La gran mayoría asiste a uno o más clubes, de los cuales son socios.

Como espacio complementario a la casa y la oficina, los clubes son lugares donde se practican deportes, se reúnen amigos o amigas para conversar o entretenerse en

algún juego de salón, o cenar las parejas de esposos. La vida cotidiana de las personas del sector socioeconómico alto de Lima parece transcurrir fluidamente entre estos territorios: casa-oficina-club.

Otro tipo de espacio y tiempo lo constituyen los viajes al exterior del país, bastante frecuentes. La mayoría de entrevistadas señaló que cuando viajan se sienten felices y disfrutan de dedicarse a las compras. Algunas señalan que les gusta ir al teatro, museos, galerías u otros “espacios culturales” o disfrutar de la playa o del campo.

Ah!, me encanta salir de viaje, me cambia completamente el carácter. Tengo más vitalidad, ganas de ver, de caminar todo lo que pueda y de ir a todos los sitios. Conocer, ir de tiendas, comprar ropa y cosas para la casa, observar cómo es la vida.

(Mujer, 37 años)

Me siento la mujer más feliz del mundo, camino, me baño en la playa, compro chucherías... disfruto al máximo.

(Mujer, 38 años)

A los entrevistados hombres les gusta pasear, conocer, ir al “mar” y en mucho menor medida “ir de compras”. El deseo de exclusividad y de privacidad aparece como importante en la vida de estas personas, incluso cuando están de vacaciones.

Además de las actividades que se realizan en el *continuum* casa-oficina-club —*espacios institucionalizados*

la pintura, la elaboración de arreglos florales, la lectura, la cerámica o la costura. En cambio, los hombres realizan pasatiempos más caros y consideran sus deportes como hobbies, muchos de ellos practicados fuera de casa: navegación, crianza de caballos, natación o gimnasia.

Ninguno de los entrevistados o entrevistadas dijo participar en la vida política del país como parte de alguna organización o partido político². Una entrevistada confesó que circunstancialmente participó en un movimiento político.

No, solamente me inscribí en [el Instituto] Libertad, más que nada porque estuve trabajando formando los talleres. Soy un poco reacia a trabajar en forma política... hay muchos intereses. Preparamos a las señoras para que hicieran canastas, tejidos, las organizábamos en vez de que estén tonteando; teníamos un lugar donde se reunían y aprovechábamos para darles charlas de nutrición, orientación familiar... muchísimas cosas. Para ellas era un mundo que se les abría porque nunca habían tenido oportunidad de conversar sobre estas cosas.

(Mujer, 53 años)

Debemos anotar que no solo los deportes, la beneficencia, las clases o hobbies reúnen a las personas del sector socioeconómico alto de Lima, sino también "la comida". Cuando salen o cuando se reúnen con parejas en alguna

² Liuba Kogan. *Asociaciones de mujeres de clase media-alta y alta de Lima*, Documento de Trabajo N° 89, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1998.

casa, se dedican a comer y a conversar sobre cuestiones ligeras: chismes, novedades de la política nacional, etc. Cuando los hombres se reúnen solos (amigos de algún club, amigos que comparten algún deporte, amigos de la playa, etc.), conversan sobre deportes, sobre informática, "de cosas divertidas", pero no sobre sus problemas personales.

Converso de estupideces, de cosas para divertirse. Si yo voy a una reunión para hablar de temas serios, no voy.

(Hombre, 39 años)

[Hablamos de] cómputo, temas de trabajo, de cine o TV. De problemas personales [conversamos] a veces, depende del caso. Por ejemplo hay uno que estaba buscando trabajo y lo hemos ayudado. Normalmente la gente no toca problemas personales, a menos que sean muy graves.

(Hombre, 32 años)

[Tengo] amigos de todas las edades, de 25 años a gente mayor. Con los amigos jóvenes salimos a comer, a tomar whisky pero los problemas se cuentan muy poco.

(Hombre, 49 años)

En cambio, las mujeres se reúnen con sus amigas básicamente a *conversar*, y lo hacen a menudo sobre problemas personales. Entre sus temas aparecen hijos y esposos, recetas de cocina, moda, chismes sobre gente conocida, trabajos que se intentan conseguir para sobrinos, etc. A diferencia de los entrevistados, las amigas constituyen

dad femenina es duramente criticada con el argumento de que traiciona el “ejemplo moral” que debe la madre a sus hijos, mientras la infidelidad masculina es en gran medida tolerada.

Las mujeres construyen una imagen devaluada de su propia sexualidad al mismo tiempo que exaltan la importancia de su apariencia física dedicando enormes esfuerzos y tiempo al cuidado corporal. El cuerpo representa, por ello, una de las principales fuentes de autoestima para las mujeres, aunque a la vez, un espacio de temor y frustración. Por un lado, porque difícilmente se sienten conformes con sus propios cuerpos. Y por otro, porque temen el desinterés de sus esposos o su infidelidad debido a su envejecimiento natural.

El espacio privilegiado de la mujer resulta ser su casa, donde dadas sus posibilidades económicas cuenta con personal e infraestructura que le permiten dirigir, planificar y ordenar la realización de las tareas domésticas. Por ello, el trabajo doméstico resulta ser para la mujer del sector socioeconómico alto de Lima una fuente de poder.

Si bien las mujeres son definidas como esposas, y luego como madres y amas de casa, tejen alrededor de estos roles espacios dedicados al ocio, la recreación y la amistad. Muchas de ellas, sobre todo las mayores de 40 años, se dedican a labores de caridad y beneficencia por medio de su participación en diversas asociaciones. Además toman diversas clases (pintura, gimnasia, literatura, arte, etc.) y/o se encargan de acompañar a sus hijos en la

realización de diversas actividades paraacadémicas. Todo ello genera en realidad genera una gran laboriosidad en estas mujeres.

La femineidad en el sector socioeconómico alto de Lima afirma, en resumen, los roles de esposa, madre y ama de casa, y estimula paradójicamente su orientación hacia el cuidado de su apariencia física pero al ocultamiento de su sexualidad. El rol de esposa resulta singularmente importante pues, entre otros atributos, resulta indispensable para la maternidad, ya que tener un hijo al margen del matrimonio se convierte en un pesado estigma.

La construcción de la masculinidad en los hombres de este estrato parece tener también particularidades derivadas del contexto de bienestar económico. La autoestima masculina se alcanza con relativa facilidad debido al poder asociado al dinero. En el periodo de la adolescencia los jóvenes cuentan con símbolos que les permiten fácilmente ser reconocidos por sus contemporáneos como “hombres”: carro, tarjeta de crédito, viajes, implementos deportivos caros, etc. Sin embargo, encontramos cierta dificultad en los varones para definir su “masculinidad”. La mayoría asocia la masculinidad con la figura del “macho” o la del patriarca.

De otra parte, el poder de los varones de este sector socioeconómico deriva de su posición frente a las mujeres: ellos poseen mayor información, experiencia y “derechos” sexuales.

La masculinidad parece construirse a través del rechazo de “lo femenino”: el temor a la homosexualidad

La familia y la socialización de los hijos

Las familias del sector alto de la Lima de los noventa parecen haber cambiado muy poco respecto a las generaciones del 70 y 80. Lo que en apariencia se ha producido es un *aggiornamento* más que un cambio sustantivo. Si bien los padres y madres de hoy manifiestan que el cambio fundamental respecto de su propia relación parental es la posibilidad de comunicación con los hijos, la soledad y la carencia afectiva parecen en alguna medida seguir tiñendo las relaciones familiares en este sector social. Creemos que el sistema de género puede explicar en gran medida la sensación de falta de afecto de niños y niñas, ya que existe poca comunicación entre el mundo femenino y el masculino. Hombres como mujeres sienten que viven en espacios sociales diferentes, con relaciones jerárquicas establecidas entre ellos. De otra parte, las relaciones entre padres e hijos se hallan mediadas por un conjunto de especialistas —psicólogos, médicos, fonoaudiólogos, amas y diversos empleados— que asumen los roles afectivos de los padres y madres. Si bien las mujeres y varones adultos señalan, en general, haber modificado la educación de sus hijos respecto a la propia reforzando la comunicación familiar y educando a niñas y niños de manera similar, la afirmación no parece ser fundamentalmente cierta. La falta de comunicación adecuada y transparente sigue siendo la norma. Por ejemplo, los padres manifestaron no tener confianza para hablar con

sus hijas mujeres sobre sexualidad, mientras las madres señalaban lo mismo respecto de sus hijos varones.

Reafirmando lo anterior, señalemos que el principal problema en los colegios a los que asisten los niños y jóvenes de este sector socioeconómico es la falta de afecto, o de otra parte, la gran tensión producida por la presencia de figuras parentales muy exitosas económica y/o profesionalmente. En apariencia la distancia emocional se mantiene a pesar de la percepción contraria de la generación de adultos que estudiamos. Una pista para explicar esta situación puede encontrarse en los patrones reiterados de socialización marcados por la distancia afectiva.

Si revisamos las relaciones familiares de los padres y madres de estos niños podemos ver que la infancia de muchos adultos tuvo como centro o referente el campo. Vivieron o pasaron largas vacaciones en casas-hacienda espaciosas y rodeados de numerosos familiares y “sirvientes”. Sus padres eran dueños o administradores de haciendas. Un segundo grupo de adultos proviene de familias “burguesas” afincadas en Lima. Sus infancias transcurrieron en mundos urbanos, tranquilos, en amplias casonas pobladas de “empleadas”. Las familias eran extensas: hermanos, tíos, tíos abuelos, abuelos, allegados y numerosas “amas”. A pesar de ello, recalquemos, la falta de comunicación, distancia y poco contacto afectivo caracterizó el tipo de relaciones al interior de las familias.

Para muchos, el recuerdo de la madre es el de una mujer distante, dedicada a su persona, perfeccionista, exi-

la masculinidad"; en cambio, la preocupación por la "femineidad" al elegir la escuela de mujeres ocupa un lugar menos importante. En el caso de los padres de familia de sector socioeconómico alto hallamos lo opuesto: una clara preferencia por la educación no mixta para mujeres en tanto "reafirmadora" de la femineidad de las hijas.

Las principales preocupaciones en torno a las hijas están centradas en el temor al "perjuicio" sexual, las "malas compañías", las drogas o el deseo expreso de que se casen. En el caso de los hijos varones, la mayor inquietud se dirige a que sean profesionales para conseguir un empleo adecuado. Se mencionó el sida y las drogas, pero como problemas secundarios.

Para los padres y madres de este sector el rol de sus hijas como esposas y madres se antepone al desempeño profesional. Por el contrario, para los hijos hombres casi unánimemente se señala como prioridad el desempeño profesional, que se hace indistinguible del desarrollo personal. Los roles de esposo y padre aparecen subordinados al éxito en el trabajo.

Tanto los varones como las mujeres demostraron tener pocas expectativas laborales respecto a sus hijas y muy altas respecto a sus hijos. Este hecho corroboraría que el hombre es visto en este segmento social como el proveedor económico exclusivo de la familia, donde la mujer desarrolla las tareas de madre y administradora doméstica. Ante la idea de que las hijas se capaciten profesionalmente, las madres las prefieren dedicadas a

rubros que no reportan altos ingresos económicos o no tienen prestigio social. Los campos del servicio o ayuda social, que por lo general no requieren una intensa preparación, son los favoritos. Los padres escogen para sus hijas, por su parte, mayor variedad de profesiones, si bien es cierto que estereotipadas como femeninas: arquitectura, psicología, administración de empresas o secretariado. En el caso de los hijos hombres, padres y madres eligen gran diversidad de carreras altamente valoradas y económicamente rentables.

Debemos anotar la inquietud de que el desempeño profesional de las hijas las coloque en situaciones amenazantes, como el peligro sexual, o a la inversa, las dote de suficiente poder e independencia como para significarle una competencia agresiva al esposo. Dichos trabajos le "quitarían femineidad" a la mujer, en tanto es asociada con delicadeza, pasividad o dependencia. Respecto a los hijos hombres, destaca el temor a un entorno profesional que estimule el "afeminamiento" u homosexualidad, o promueva el consumo de alcohol y drogas. También se teme las actividades expuestas a la violencia social.

Podemos concluir, entonces, que más allá de una cierta apertura entre padres e hijos la socialización de hijos e hijas en el sector socioeconómico alto de Lima es marcadamente diferenciada, especialmente respecto a los juegos y a las expectativas educativas y laborales, y en menor medida respecto a la manifestación de afecto y castigos. Los padres son más represivos que las madres

sector socioeconómico, y que construyen un marco contextual para las relaciones de género, parecen ser muy sólidas, por lo que sospechamos que los procesos de cambio —a nivel de estereotipos— de la femineidad y masculinidad serán relativamente lentos.

Anexo

Guía de entrevista

I. Datos personales

1. Lugar de nacimiento
2. Número de hermanos hombres y mujeres
3. Estado civil
4. Distrito de residencia
5. Edad al casarse
6. Edad
7. Número de hijos e hijas mujeres
8. Grado de instrucción - estudios seguidos
9. ¿Trabajas? ¿En qué? ¿Desde cuándo?

II. Socialización (sobre tu infancia y adolescencia)

10. ¿Dónde transcurrió tu infancia? ¿Qué recuerdos tienes?
11. ¿Quiénes y cómo te criaron?
12. ¿Cómo era tu mamá? ¿Trabajaba?
13. ¿Cómo era tu papá? ¿En qué trabajaba?
14. ¿Cómo fue tu relación con tu madre? ¿Te sientes igual o diferente a ella?

41. ¿Tienes confianza con tus hijas? ¿Qué tipo de cosas te cuentan y cuáles no?
42. ¿Sobre qué te enfadas más a menudo con tus hijos hombres? ¿Por qué?
43. ¿Sobre qué te enfadas más a menudo con tus hijas? ¿Por qué?
44. ¿Has educado de manera diferente a tus hijos e hijas? ¿Por qué?
45. ¿Crees que el padre debe participar en la crianza y educación de sus hijos? ¿Por qué? ¿De qué manera? ¿En qué tareas?
46. ¿Has utilizado una empleada (o guardería) en la crianza de tus hijos? ¿Qué tareas le delegabas y cuáles no? ¿Qué sentimientos te despertaba esto?
47. ¿Has criado a tus hijos como te criaron a ti? ¿O lo has hecho de manera diferente?

IV. Roles domésticos

48. ¿Qué es para ti el trabajo doméstico? ¿En qué consiste?
49. ¿Quién crees que debe realizar el trabajo doméstico?
50. ¿Realizas quehaceres domésticos regularmente?
51. ¿Qué te agrada del trabajo doméstico?
52. ¿Qué te desagrada del trabajo doméstico?
53. ¿Quién(es) te ayuda(n) en el trabajo de la casa?
54. ¿Cuál es el papel del esposo en el trabajo doméstico?
55. ¿Deben participar los hijos hombres y las hijas mujeres en el trabajo doméstico? ¿Participan tus hijos e hijas? ¿En qué tareas?

56. ¿Te sientes a gusto cuando te quedas en casa? ¿Qué haces?
57. ¿Qué otras actividades realizas aparte del "cuidado" del hogar?
58. ¿Tienes algún hobby? ¿Haces algún deporte?
59. ¿Asistes a algún club o participas en algún partido político, organización benéfica u otra asociación?
60. ¿Te reúnes con amigas(os)? ¿Con qué frecuencia? ¿Qué actividades realizan? ¿Te resultan importantes o no estas actividades? ¿Por qué? ¿Dónde se reúnen? ¿Sobre qué temas conversan?
61. ¿En qué ambientes o lugares te sientes más a gusto? ¿En cuáles no?

V. Roles laborales

62. ¿Qué piensas de las mujeres que trabajan?
63. ¿Crees que una mujer casada y con hijos debe trabajar fuera del hogar? (¿Desde que el niño tiene qué edad?).
64. ¿Has trabajado en algún momento de tu vida? ¿Por cuánto tiempo? ¿En qué? ¿Por qué lo dejaste?
65. ¿Qué ventajas crees que tiene una mujer que trabaja fuera de su casa?
66. ¿Qué desventajas crees que tiene una mujer que trabaja fuera de su casa?
67. ¿Cómo son las mujeres que trabajan (personalidad, carácter, etc.)?
68. Si tuvieras que trabajar, ¿en qué te gustaría hacerlo?
69. ¿En qué tipo de trabajos no te gustaría que se desempeñara un hijo tuyo? ¿Por qué? ¿En cuáles sí?
70. ¿En qué tipo de trabajos no te gustaría que se desempeñara una hija tuya? ¿Por qué? ¿En cuáles sí?

98. ¿Hay algo en tu vida que realmente quisiste hacer y no lo lograste por algún motivo?
99. ¿Qué esperabas del matrimonio al casarte?
100. ¿Por qué razones un hombre le es infiel a su esposa?
101. ¿Crees que la mujer debe pasar por alto la infidelidad del esposo? ¿Por qué? ¿Qué opinas de las mujeres infieles?
102. ¿Por qué razones crees que las mujeres se divorcian?
103. ¿Cuáles crees que son las principales razones por las que no se divorcian a pesar de llevarse mal con el esposo?
104. ¿Cuál es tu forma predilecta de pasar el tiempo?
105. Cuando sales de viaje o estás de vacaciones, ¿a qué te dedicas? ¿Cómo pasas el tiempo?
106. ¿Crees que la mujer debe cuidar de su apariencia? ¿Por qué?
107. ¿Dedicas tiempo al cuidado de tu apariencia? ¿De qué forma? ¿Dónde?
108. ¿Qué opinas sobre tu propia apariencia?
109. ¿Qué importancia le atribuyes a tu apariencia?
110. Si te dijeran que no puedes comprarte ropa en un año, ¿cómo te sentirías? ¿Por qué?
111. ¿Te gusta ser "femenina"?
112. ¿Qué deberes crees que debe cumplir una esposa?
113. ¿Qué deberes crees que debe cumplir una madre?
114. ¿Qué deberes debe cumplir un esposo? ¿Un padre?
115. ¿Cómo describirías la femineidad?
116. ¿Cómo describirías al hombre ideal?

SEGUNDA PARTE

Cuerpos y género después de los noventa

como las estrellas de TV, nos lo demuestran. Así, un cuerpo que envejece —un cuerpo menopáusic— es representado como un cuerpo en declive, casi un desecho humano. Ello explica que el cuerpo de la mujer madura se haya convertido en ese país en una categoría epidemiológica de riesgo y, como consecuencia, las terapias de reemplazo hormonal vivan un auge. Sin embargo, sucede que en el Japón la mujer madura no es vista como portadora de un cuerpo en declive, ya que luego de culminar su etapa reproductiva aparece una nueva función social para ella: cuidadora de los adultos mayores en el hogar. Por eso, pocas mujeres en el Japón reconocen los síntomas de la menopausia que sufren las norteamericanas, ya que desde su perspectiva cultural “solo las mujeres egoístas sufren problemas de menopausia”. Desde esta perspectiva pues, las mujeres tienen una función social valorada que cumplir a pesar del envejecimiento —dicho sea de paso, etapa de la vida que se valora y reverencia a diferencia de lo que ocurre en la sociedad norteamericana donde lo no juvenil se halla devaluado¹.

- b) En Corea la mujer tradicionalmente fue considerada la alimentadora de la familia, siendo su función social altamente valorada y su vida orientada a cuidar y mostrar afecto a partir de los rituales de

¹ Margaret Lock. “Cultivating the Body: Anthropology and Epistemologies of Bodily Practice and Knowledge”, en *Annual Review Anthropology*, N° 22, 1993, pp. 133-155.

la alimentación. Sin embargo, con la introducción de la publicidad occidental con modelos anoréxicas, las jóvenes empezaron a hacer dietas y a odiar “sus rostros y cuerpos redondeados” y las madres empezaron a sentirse desubicadas respecto a su identidad social. Las imágenes del cuerpo ideal de la mujer cambiaron significativamente, transitando de las antiguas imágenes regordetas que simbolizaban abundancia y productividad hacia las nuevas imágenes de mujeres esbeltas².

Podemos ver pues, que a través de diferentes esferas públicas se van a construir las imágenes corporales deseables o ideales y se van a recomendar formas para trabajar esos cuerpos.

También es cierto, que los cuerpos pueden constituirse en *locus* o espacios de performance cultural de resistencia: las sociedades tradicionales conocen ritos de exorcismo, cultos de posesión y todo un repertorio de expresiones corporales de “nervios” de aquellas categorías de personas que carecen de poder y somatizan estados devaluados de vida.

Si bien el cuerpo ha sido siempre una dimensión fundamental en las sociedades, como mencionamos, re-

² Yoo Dongju. “Cultura publicitaria y políticas del cuerpo femenino. La mujer coreana entre el confucionismo y el capitalismo”, en *Comunicación y sociedad*, N° 34, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, set-dic 1998, pp. 27-58.

existe una conciencia clara del propio rostro, de la forma del cuerpo, de las huellas del tiempo en la corporalidad. La personalidad no ancla en la corporalidad individualizada sino en la colectividad: hijo de quién eres, a qué clan perteneces, cuál es tu grupo étnico, etc.

Sin embargo, la Ilustración, el capitalismo y la modernidad producirán una revolución en la gestión de la corporalidad. De una parte, se va a generar la individualización de los sujetos: conciencia del propio rostro y cuerpo. Aparecen los carné de identidad, el registro de huellas digitales, las fotografías, los diarios personales, las camas individuales, los espejos de cuerpo entero (que por primera vez se colocan en los burdeles y luego en el interior de las puertas de los roperos porque mirar el propio cuerpo era signo de lo abyecto y lo pecaminoso)⁷. Es decir, el sujeto se identificará con un cuerpo que considera único. Y de otro lado, se va a democratizar el adorno corporal: cualquiera puede usar el que desee. Ya no encontramos restricciones debidas a la categoría social de nacimiento. La persona puede cambiar de ropas o adornos según las épocas del año, los momentos del día, las estaciones o según las actividades que realice. Es en este momento histórico en el que aparece por primera vez el concepto de moda: el imperio de lo efímero⁸. Los

⁷ G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres. El siglo XIX. Cuerpo, trabajo y modernidad*, Taurus Ediciones, Madrid, 1993.

⁸ Gilles Lipovetsky. *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Anagrama, Barcelona, 1990.

medios de comunicación empezarán a mostrar modelos de adorno corporal, que serán adoptados y desechados permanentemente por los diversos grupos sociales. La moda será funcional al capitalismo pues contribuirá a construir permanentemente nuevas necesidades en torno a la corporalidad y ello generará una demanda constante de productos para gestionar el cuerpo. Y así las fábricas producirán todo el tiempo nuevos bienes y servicios para el mercado. Como todos los individuos pueden vestir de modo similar, aparecerán dos maneras de generar la distinción social. Por un lado, las marcas construirán y representarán las diferencias sociales porque solo algunos podrán acceder a vestirlas o adquirir sus productos. Pero además, la distinción social en este entorno de abundancia de bienes se construirá a partir de la abstinencia alimenticia y de la valoración de la esbeltez. Puesto que solo los que tienen qué comer pueden darse el lujo de dejar de comer.

Me parece importante incidir aun más en la caracterización de las sociedades modernas para relacionar su eticidad con la generación de nuevos modelos de corporalidad. Según Charles Taylor⁹, las personas en las sociedades capitalistas sufriríamos tres formas de malestar:

- El individualismo, que nos lleva al egocentrismo y por lo tanto a una pérdida del sentido o a la dificultad de ubicar nuestra existencia en el marco de

⁹ Charles Taylor. *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994.

tal parece anclarse pues, en ese cuerpo ideal que se espera construir. Y para ello, las técnicas quirúrgicas, las dietas, las pastillas, las máquinas para hacer ejercicios se convierten en accesorios indispensables. Son el bálsamo mágico que promete la ilusión del reequilibrio narcisista. “No soy nadie si no soy bella; para ser bella tengo que ser delgada, mientras más delgada más valorada y aceptada”. La fuerza de este paradigma de la esbeltez es enorme. Basta mencionar que mientras navegaba por Internet visitando algunas páginas sobre el tema de desórdenes alimenticios, se colaban constantemente páginas con anuncios de pastillas, máquinas o artefactos para reducir el peso, moldear el cuerpo, etc: en otras palabras la industria en torno a la delgadez atacaba el núcleo mismo de la resistencia ante la fetichización de la delgadez. (Las páginas que consultaba eran páginas de autoayuda, direcciones de clínicas o de instituciones que ofrecían psicoterapia).

La publicidad que comento, pues, nos ofrece un proyecto para vivir a partir de la gestión corporal siguiendo el ideal de la esbeltez. Es ya parte del sentido común que esos ideales corporales tienen, por repetición y sedimentación, una gran capacidad para generar conductas de imitación por parte de las jóvenes y adolescentes quienes buscan modelos (que no sean los parentales) para construir su propio proyecto vital. Para resaltar la dificultad y sufrimiento que implica para las personas asumir ese ideal de esbeltez en sus propios cuerpos, NEDIC, un grupo de

apoyo canadiense sobre desórdenes alimenticios, nos propone de manera lúdica comparar las dimensiones corporales de las mujeres promedio en los países desarrollados con las que tendría una muñeca Barbie proyectada a dimensiones humanas y también con las del típico maniquí de escaparate o vitrina.

	Mujer promedio	Barbie	Maniquí de vitrina
Estatura	1,60 m	1,80 m	1,80 m
Peso	65,9 kg	45,9 kg	-----
Talla de vestido	11-14	4	6
Busto	90-93 cm	98 cm	85 cm
Cintura	73-78 cm	48 cm	58 cm
Cadera	100-105 cm	83 cm	85 cm

Fuente: <http://www.anred.com/stats.html>

Este ejemplo nos muestra, pues, que los medios presentan imágenes corporales ideales difíciles de alcanzar, pero que se constituyen en el yo ideal del común de las personas: eso que todos quieren parecer.

Diferentes estudios muestran la importancia que tienen los cuerpos y sus dimensiones para las jóvenes. En la medida que la pubertad y la adolescencia constituyen periodos de vulnerabilidad narcisista, la fetichización de la delgadez brindaría la ilusión de un reequilibrio. Lo decíamos hace un momento, “solo si soy delgada seré valorada...”

bajar de peso con gran vehemencia para poder competir en categorías inferiores con mayor ventaja.

En general, el cuerpo de las mujeres (y de un porcentaje minoritario de varones) parece convertirse en el *locus* privilegiado de la construcción de la personalidad. Sin embargo, en el caso de las mujeres es interesante plantear la encrucijada en la que se juega el drama de esta construcción de la corporalidad conjuntamente con el drama de la construcción de la identidad del género.

Nos referimos al hecho de exigirle a la mujer la masculinización del carácter (ser asertivas, fuertes, decididas, exitosas, etc.) pero a la vez imponerle una extrema feminización de la apariencia. Lipovetsky¹² escudriña a esta "tercera mujer" que debe ser mucho más que la superación de la mujer tradicional y la construcción de la mujer masculinizada. A la vez, deberíamos señalar que las adolescentes se ven forzadas a iniciar su vida sexual cada vez más precozmente, lo que las coloca en una situación de vulnerabilidad que se acentúa con el imperativo de ser cada vez más autónomas respecto a las referencias de protección y apego de la infancia. En resumidas cuentas, no solo se le exige a la mujer una apariencia que lleve a la admiración, sino además autonomía.

En este panorama de una sociedad hedonista y somatizada donde los problemas políticos y morales se ex-

¹² Lipovetsky, ob. cit.

ponen en la conducción de los cuerpos, quiero proponer que los cuerpos anoréxicos y bulímicos, como también los cuerpos vigoréxicos que desarrollan los fisiculturistas, son cuerpos liminales (o extremos) de una sociedad que juega los significados culturales y de poder "tan cerca y tan lejos" en los cuerpos. En otras palabras, los cuerpos anoréxicos, bulímicos y vigoréxicos nos permiten hablar de los cuerpos en general, porque se trata de la expresión llevada a los extremos de síntomas de nuestros tiempos; es decir, se trata de llevar a los extremos los ideales corporales socialmente aceptados, convirtiendo a esos cuerpos liminales en objeto de repulsión y simpatía. En inglés se los ha bautizado como *freak*¹³. Se trata, entonces, de cuerpos excepcionales o anómalos que nos permiten levantar preguntas, manejar nuestras ansiedades e incluso preguntarnos por la economía política de los cuerpos en nuestros tiempos.

Quisiera recalcar que la modernidad trae consigo una fascinación por los cuerpos liminales. Los cuerpos extraños, monstruosos o prodigiosos: el hombre más alto o más bajo, el hombre lobo (cubierto de vellos), la mujer con barba o la de cintura más estrecha. Los cuerpos liminales generaban una narrativa de lo maravilloso y se les mostraba en espectáculos circenses para generar asombro

¹³ Rosemarie Garland Thomson. *Freakery. Cultural Spectacles of the Extraordinary Body*, New York University Press, Nueva York, 1996.

escala corporal se agranda a partir de la adopción de un régimen alimenticio orientado a eliminar grasa y ganar músculos. Este estado liminal nos plantea la paradoja de la indiferenciación femenino/masculino a partir de la construcción corporal, ya que las mujeres vigoréticas construyen cuerpos masculinizados.

Al otro extremo —en la tercera columna— tenemos los cuerpos anoréxicos que plantean el ideal de una trascendencia espiritual y autoafirmación ancladas en un ascetismo cuasi religioso y purificador a partir de una dieta que busca el adelgazamiento extremo, produciendo la reducción de las dimensiones corporales, que en casos extremos conlleva el autoaniquilamiento. En estos casos encontramos la producción de cuerpos andróginos o indiferenciados genéricamente.

En síntesis, cuando hablamos de cuerpos anoréxicos, bulímicos y vigoréticos también estamos hablando de los otros cuerpos y de las otras formas de alimentación como de los ideales y valores de las sociedades del capitalismo tardío. Proponemos, por lo tanto, desplegar una mirada comprensiva frente a quienes encarnan en sus cuerpos —en los extremos de la escala señalada— el sufrimiento, el dolor y la rabia que son en realidad los síntomas más extremos de los ideales modernos.

IV. Performar para seguir performando: la cultura fitness*

Performance will be to the twentieth and twenty-first centuries what discipline was to the eighteenth and nineteenth, that is, an onto-historical formation of power and knowledge¹⁵.

Cuerpo, cultura y sociedad se encuentran estrecha y complejamente entrelazados. Discutir teóricamente dichos vínculos no es el objetivo de este ensayo. Más bien mi intención es caracterizar y analizar los cuerpos que propone —entre otros diversos cuerpos— la cultura del fitness en las sociedades contemporáneas.

La cultura fitness cobra significado en un contexto de *achatación de horizontes de sentido*¹⁶ y de *pérdida de profundidad de los afectos*, en la medida que los cuerpos

* Publicado originalmente en *Anthropologica*, N° 23, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2004, pp. 151-164.

¹⁵ Jon McKenzie. *Perform or Else: from Discipline to Performance*, Routledge, Londres, 2001, p. 18.

¹⁶ Fredric Jameson. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

res se separan de espacios particulares para convertirse en “saberes expertos” compartidos transnacionalmente. Sin embargo, estos saberes expertos tenderán a ser reapropiados por los sujetos de distintos niveles socioeconómicos de modo diverso.

Cuerpo clásico *versus* cuerpo grotesco

Los gimnasios de cadenas transnacionales proponen tecnologías, prácticas, normas y saberes que dejan poco espacio para la agencia individual. Los procedimientos se encuentran pautados dentro de una cultura organizacional orientada a un sujeto en constante performatividad. Esto no significa, sin embargo, que la agencia individual no exista, sino que se encuentra menoscabada por una propuesta integral que ancla en el manejo ejercido por la organización sobre las prácticas en el espacio y la expresividad.

Un ejemplo elocuente de la agencia de los sujetos de nivel socioeconómico medio-alto es el uso de la ropa de marca como indicador de prestigio social (“solo la gente *nice* usa ropa de marca”, señala una mujer joven). Mientras en gimnasios de sectores socioeconómicos medio-bajos encontramos poca atención a la ropa de marca y al uso de toallas en la realización de ejercicios.

Plaza de los Olivos son idénticas a las de los otros locales ubicados en distritos de nivel socioeconómico medio y medio-alto.

Más aun, podríamos señalar que el ideal del *cuerpo clásico*²² (serio, controlado, cerrado, individual y medido) de los sectores medio-altos dialoga fácil y fluidamente con el ideal del cuerpo performativo del sujeto fitness (nada de exceso en los placeres y nada librado al juego o al azar). Mientras el ideal del *cuerpo grotesco* (excesivo, incontrolado, abierto y dispuesto a la contaminación) parece predominar en los sectores medio-bajos, donde incluso la práctica de ejercicios no vislumbra como ideal el cuerpo esbelto.

Un trasero prominente, delantera, buenas piernas, un cuerpo bien relleno, bien despachado, para mostrar un jean apretado.

(Mujer joven)

En gimnasios locales la agencia individual parece ser mayor que en los gimnasios transnacionales porque no se cuenta con una cultura organizacional que pauté el rol de cada individuo de manera explícita y específica.

Hay un amplio coqueteo entre instructores y alumnas... las insinuaciones son mutuas... el profesor se acerca, te toca y a la persona no parece molestarle. Al contrario. A veces hay un jueguito: “oye, ¿cuándo salimos?”: un poco en broma y un poco insinuación.

(Entrenadora)

²² Mijail Bajtin. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza, Madrid, 1990.

- No debes actuar en las fotos para lucir más gordo(a), esto puede perjudicarte en vez de ayudarte. Los jueces evitarán seleccionar personas con fotos fingidas o exageradas.
- Utiliza ropa en tus fotos de Antes que puedas usar nuevamente en tus fotos de Después. Utiliza fotos que muestren mucha piel para poder ver cuán dramáticos han sido los cambios. No trates de esconder nada en las fotos de Antes.
- Utiliza poses que puedas repetir en las dos fotos. *Si no sabes posar, consúltale a tu trainer* (el subrayado es nuestro).

Es decir, el gimnasio promueve tecnologías: movimientos corporales y una forma particular de construir y exhibir el cuerpo.

Especial interés tiene el asunto del sudor. Por una parte, es un marcador de prestigio, en la medida en que hombres y mujeres desfilan sudorosos como si mostraran un trofeo de guerra: victoriosos en la batalla del esfuerzo, al cumplir la meta de ejercitarse llegando al límite de su capacidad en “zonas de entrenamiento científicamente establecidas” (zona cardíaca saludable, zona de fitness y zona aeróbica “que requiere una intensidad de entre el 70 a 80% del ritmo cardíaco máximo”). Es frecuente ver a varones orgullosos caminando con sus polos transpirados y toalla al cuello.

Pero por otra parte, el sudor también comunica horror corporal, contagio y peligro. En síntesis, la posibili-

dad de contaminación²⁶. El cuerpo del otro puede resultar peligroso porque sus sudores pueden contener sustancias contaminantes o incluso “te pueden llevar a resbalarte y dañarte”, según un entrenador. Los gimnasios señalan explícitamente no olvidar usar una toalla para contener el sudor: por razones de higiene, para evitar caerse y como protección del sudor de los otros²⁷. Cabe aclarar que es el cuerpo de otro desconocido el que produce temor al contagio, mientras que los sudores de los cuerpos conocidos no generan esa misma sensación.

Dentro de los ambientes de las clases llamadas de “cardio” como los steps o spinning, se mezclan los fluidos de todos los asistentes y a veces hasta se pueden salpicar unos a otros. Esto es aceptado en este contexto porque el sudor es necesario y es algo positivo para el cuerpo... Es aceptado compartir sudores porque te conoces.

(Hombre joven)

Por ello, el sudor aparecería mostrando dos dimensiones: la sensación de contaminación del *cuerpo extraño* y la aceptación del sudor cuando se trata de un *cuerpo conocido*.

Como en el caso de la popularización y transnacionalización de las artes marciales, que se simplificaron, perdiendo profundidad ética y metafísica en contextos so-

²⁶ Mary Douglas. *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, México D. F., 1973.

²⁷ Véase www.goldsympetu.com, ibíd.

Se asiste al gimnasio para poder asistir/ser en la playa, la discoteca y el trabajo; en suma para poder seguir siendo alguien al performar permanentemente.

El sujeto esforzado

Los valores que encarnan los gimnasios pueden *leerse entre líneas* si consideramos los nombres que poseen. La mayoría de gimnasios³⁴ que promueven “un nuevo estilo de vida” adoptan nombres diversos (en su mayoría en inglés) que hemos clasificado del siguiente modo:

1. Nombres que aluden a la **transnacionalización** de la actividad física (Mac Fitness CLUB, Universal Gym, Planet Fitness, Cyber Gym).
2. Nombres que resaltan el valor de la **perfección corporal** (Body Star Gym, Maximus Gym, Perfect Body Gym, Gimnasio Corpore).
3. Nombres que ponderan la **belleza y juventud** (Every Young Gym, Make Up Gym, Gimnasio Línea y Belleza, Wellness Life).
4. Nombres —pocos es cierto— que curiosamente aluden al **aparato psíquico y cognitivo** (Gimnasio Psyque, Gym Know, Attitude Gym).
5. Nombres —los mayoritarios— que se refieren principalmente a características valoradas de la

³⁴ La lista de gimnasios de Lima fue obtenida de <http://www.elcomerciope.com.pe/ECSalud/Macro/EcSaludBuscaGimnasio.asp>.

corporalidad como **energía, dinamismo, cuerpos magros y flexibles** (Super Flex, Muscle Work, Gym Beach, Energy Gym, Bum Bum, Fat Burners Gym, Dynamics Gym, Get Pump).

A su vez, he ordenado los valores que encarnan los nombres de los gimnasios así clasificados en la matriz de valores de consumo (mapping semiótico de los valores de consumo) que propone Semprini³⁵, siguiendo a Floch y Greimas; haciéndolo se advierte que ninguno de los nombres de los gimnasios clasificados alude a valores de orden lúdico.

UTÓPICO: juventud, belleza, perfección corporal, contemporaneidad	CRÍTICO: salud, vida deportiva
LÚDICO	PRÁCTICO: dinamismo, energía, flexibilidad, cuerpo magro

Este hallazgo resulta interesante pues muestra un aspecto oculto en la cultura del sujeto performativo del fitness. El esfuerzo, disciplina, peligro de adicción y sufrimiento, que implica la performatividad constante e infa-

³⁵ Andrea Semprini. *El marketing de la marca. Una aproximación semiótica*, Paidós, Barcelona, 1995, pp. 105 y ss.

sujeto ideal de la posmodernidad (el body fitness) disputa poder, agencia y conocimiento con cuerpos/sujetos obesos, infantes, ancianos, bulímicos, anoréxicos y vigoréticos.

El espacio de la liminalidad

Mary Douglas³⁷ plantea que el desorden —lo que se encuentra en los márgenes de la sociedad, lo no estructurado o informe— produce la sensación de **peligro**, pero a la vez inviste de **poder** a quienes lo encarnan, en tanto hace viable la destrucción de anteriores configuraciones simbólicas.

Turner³⁸ señala a su vez que los atributos de las personas liminales, o “gentes del umbral”, son necesariamente ambiguos en la medida en que esas personas eluden el sistema de clasificaciones establecido, pero además no tienen un status definido.

Esa ubicación en los intersticios del sistema representaría peligro, en tanto la repetición de dichas prácticas logra generar discursos políticos de contestación en la esfera pública o propuestas alternativas de interpretación del orden³⁹. De lo contrario, podría tratarse de prácticas “contaminantes” y abyectas, que convivan “domesticadas” dentro del sistema.

³⁷ Douglas, ob. cit.

³⁸ Turner, ob. cit., p. 102

³⁹ Judith Butler. “Gender a Performance: An Interview with Judith Butler”, en *Radical Philosophy*, N° 67, Londres, verano 1994.

Para ejemplificar lo anterior, tomemos el caso de las mujeres fisiculturistas. En un documental sobre el tema (*Pumping Iron II*), elaborado en 1986⁴⁰, se produce una disputa por los resultados de un concurso, donde se enfrenta la batalla ideológica de qué significan/cuáles son los límites del cuerpo de una mujer. Bev Francis poseía tanta musculatura que fue descalificada pues a pesar de que el fisiculturismo practicado por las mujeres reta de por sí el orden androcéntrico, en tanto los músculos representan lo sólido/masculino (*versus* lo viscoso/femenino)⁴¹, el jurado, en su calidad de árbitro normalizador, no podía tolerar que su cuerpo fuera calificado como femenino. Ella fue colocada de ese modo en el lugar de lo abyecto, monstruoso, contaminante y peligroso. Sin embargo a la vez, a partir de esa liminalidad estructurante el jurado establecía los límites del modelo heterosexual aceptado y de los límites en la construcción de la corporalidad del fitness.

En el extremo opuesto de la vigorexia, encontramos los cuerpos bulímicos y anoréxicos⁴² que plantean el ideal de una trascendencia espiritual y la autoafirmación anclados en un ascetismo cuasi religioso y purificador a partir de una dieta que busca el adelgazamiento extremo, produ-

⁴⁰ Annette Kuhn. “The Body and Cinema: Some Problems for Feminism”, en Conboy, Medina y Stanbury (eds.), *Writing on the Body. Female Embodiment and the Feminist Theory*, Columbia University Press, Nueva York, 1997, pp. 195-207.

⁴¹ Julia Kristeva. *Powers of Horror: An Essay on Abjection*, Columbia University Press, Nueva York, 1982.

⁴² Hewitt, ob. cit.

a sí mismo; porque cuando lo intenta, adopta el punto de enunciación de quien lo ha categorizado y fijado en el tiempo o normalizado. Ella caracteriza esa situación como la de una violencia epistémica. Que adicionalmente, puede funcionar en tanto violencia simbólica, en la medida que el representado asume, sin crítica, el punto de vista del “dominador”.

Así, los obesos son los sujetos por antonomasia del espacio de la inferioridad estructural. Desde el ideal del fitness han sido estereotipados, categorizados, caricaturizados y ridiculizados: aparecen como sujetos infantilizados, asexuados y sin esperanza debido a su incapacidad de performar entusiasta y sostenidamente.

Para finalizar, señalemos que las disputas en los campos de poder hacen porosas, móviles y contextualmente negociadas las fronteras entre la liminalidad, la marginalidad, la inferioridad y la norma fitness. E incluso que se pueda transitar en el curso de la vida por algunas de estas identidades/cuerpos o por todas ellas. De allí la preocupación permanente por identidades que se perciben como “no fijas”, es decir, sujetas a cambios que muchas veces se producen involuntariamente, como cuando se sube o baja de peso, o incluso cuando se envejece.

Este escenario de la performatividad constante, de la preparación del cuerpo para el movimiento, resulta ser la otra cara de la medalla del “achatamiento” de los horizontes de sentido y la pérdida de profundidad de los afectos con los que se ha caracterizado nuestra contemporaneidad.

Bibliografía

ANDERSON, Jeanine. “Género e identidad en culturas marcadas”, en *Revista Peruana de Ciencias Sociales*, vol. 2, N° 1, Fomciencias, Lima, 1990.

———. “La mujer de clase media limeña” (separata), *Mujer -AMIDEP*, Lima, 1981.

APPADURAI, Arjun y Carol BRECKENRIDGE. “Public Modernity in India”, en Carol Breckenridge (ed.), *Consuming Modernity. Public Culture in a South World*, University of Minnesota Press, 1998, p. 21.

ASOCIACIÓN GERMINAL. *Identidad prohibida*, Asociación Germinal, Lima, 1996, p. 7.

BADINTER, Elisabeth. *Hombres/mujeres: cómo salir del camino equivocado*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2003.

BAJTIN, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza, Madrid, 1990.

DURAND, Francisco. *El poder incierto. Trayectoria económica y política del empresariado peruano*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2004.

FRANCKE, Marfil. "Género, clase y etnia: la trenza de la dominación", en *Tiempos de ira y amor. Nuevos actores para viejos problemas*, Desco, Lima, 1990, pp. 77-106.

FULLER, Norma. "La disputa de la femineidad en el Psicoanálisis y las Ciencias Sociales", Separata del Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas, Políticas y Antropológicas (Cisepa-PUCP), Lima, agosto 1992, pp. 1-46.

_____. "Tradiciones mantenidas, prácticas renovadas: crisis de la identidad femenina", en *Debates en Sociología*, N° 12-14, Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Ciencias Sociales, Lima, 1989, pp. 5-27.

GARLAND THOMSON, Rosemarie. *Freakery. Cultural Spectacles of the Extraordinary Body*, New York University Press, Nueva York, 1996.

GEERTZ, Clifford. "El sentido común como un sistema cultural", Separata de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Ciencias Sociales, Lima, mayo 1989.

GIDDENS, Anthony. *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona, 1995.

GILLIGAN, Carol. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1985.

GODELIER, Maurice. "Los orígenes de la dominación masculina", en *Cuadernos feministas*, N° 2, Publicaciones Ali-muper, s/f (extraído de *New Left Review*, N° 127, mayo/junio 1981, pp. 3-17).

GOFFMAN, E. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

GROSZ, Elizabeth. *Volatile Bodies. Toward a Corporeal Feminism*, Indiana University Press, 1994.

HAMPSON, J. L. "Causas determinantes de la orientación psicosexual", en Frank Beach (ed), *Sexo y conducta*, Siglo XXI Editores, México D. F., 1975, pp. 79-101.

HARVEY, Penélope. "Género, autoridad y competencia lingüística. Participación política de la mujer en pueblos andinos", Documento de trabajo N° 33, Serie Antropología N° 9, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1989.

HEILMAN E., Madeline. "Sex Discrimination", en Wolman y Money (eds.), *Handbook of Human Sexuality*, Prentice-Hall Inc, Nueva Jersey, 1980, pp. 228-249.

HEWITT, Kim. *Mutilating the Body. Identity in Blood and Ink*, Bowling Green State University Popular Press, 1997.

HITE, Shere. *Mujeres y amor. Nuevo informe Hite*, Plaza y Janés, Barcelona, 1988.

JAMESON, Fredric. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

KAUFMAN, Michael y Gad HOROWITZ. *Hombres. Placer, poder y cambio*, CIPAF (Centro de Investigación para la Acción Femenina), Santo Domingo, 1989.

KOGAN, Liuba. *Asociaciones de mujeres de clase media-alta y alta de Lima*, Documento de Trabajo N° 89, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1998.

MONEY, J. y Claus WIEDEKING. "Gender Identity Role: Normal Differentiation and its Transpositions", en Wolman y Money (eds), *Handbook of Human Sexuality*, Prentice-Hall Inc, Nueva Jersey, 1980.

MURDOCK, G. y otros. *Guía para la clasificación de los datos culturales*, Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, México D. F., 1954.

NUGENT, Guillermo. "La desigualdad en el Perú: situación y perspectivas", en *Perú hoy*, Desco, Lima, 2005.

OAKLEY, Ann. *La mujer discriminada. Biología y sociedad*, Editorial Debate, Madrid, 1977.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (OIT). "Mujeres en sus casas", Taller informal de consulta sobre el valor económico de las actividades del hogar, Lima, 1986.

ORTNER, Sherry B. y Harriet WHITEHEAD. "Introduction: Accounting for Sexual Meanings", en Ortner y Whitehead (eds), *Sexual Meanings, the Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge University Press, Massachusetts, 1981, pp. 1-27.

PLUMWOOD, Val. "Do we Need a Sex/Gender Distinction?", en *Radical Philosophy*, N° 51, Londres, 1989.

PORTES, Alejandro y Nelly HOFFMAN. *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*, Cepal/Eclac, Santiago de Chile, 2003.

RÁEZ, Matilde y otros. *Estudio evolutivo de algunos aspectos de la identidad en mujeres organizadas de sectores urbano-marginales*, AMIDEP, Lima, mayo 1990.

RAGUZ de DE ROMAÑA, María. *Masculinity and Femininity: An Empirical Definition*, Quickprint BV, Nimega, 1991a.

_____. "Adquisición de la masculinidad y femineidad a lo largo de la vida", Ponencia del Congreso Peruano de Psicología (copia mecanografiada), Lima, setiembre 1991b.

_____. "Maternidad/maternalidad y trabajo: efectos del rol dual sobre los hijos y la pareja", en *Revista de Psicología*, año VII, vol. VII, N° 1, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989, pp. 3-21.

_____. "La mujer que trabaja: Revisión de investigaciones sobre atribución de logro; preferencias y metas ocupacionales; actitudes hacia la mujer que trabaja", en *Revista de Psicología*, año VI, vol. VI, N° 1-2, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1988, pp. 87-101.

_____. "Estereotipos de rol sexual y diferencias sexuales: realidad y distorsión", en *Revista de Psicología*, año I, vol. 1, N° 1, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1983, pp. 27-37.

ROCHABRÚN, Guillermo. *Socialidad e individualidad. Materiales para una sociología*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1993, pp. 161-180.

SAID, Edward. *Orientalismo*, Libertarias, Madrid, 1990.

SARA-LAFOSSÉ, V., B. FERNÁNDEZ y C. CHIRA. *El problema de la coeducación en los colegios secundarios estatales de la ciudad de Lima*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Ciencias Sociales, Lima, 1987.

SCHEPER-HUGHES, Nancy. *La muerte sin llanto*, Ariel, Barcelona, 1997.

Impreso en la Imprenta del
Congreso de la República
Setiembre, 2009